



PRECIOS DE SUSCRICION.

	MES.	TRIMESTRE.
En Madrid.	10 rs.	30 rs.
En Provincias.	12	34
En el Extranjero.	24	70
En las Antillas.		90
En Filipinas.		100

Número suelto, un real.

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remitidos y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración y Redacción de este periódico, en la Vistación, 8, cuarto segundo de la izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranzas del Giro mutuo, o sellos de correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración; de esta última manera, o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones en Ultramar.

En París, D. José Belart y Añibarras, 20, rue Capital. El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giro, se aplica que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

AÑO II.

MADRID.—Domingo 13 de Agosto de 1871.

NUM. 462.

YA OS LO DIRAN DE MISAS.

Publica *El Imparcial* un artículo que comienza: «Era costumbre en el antiguo régimen que...» Cualquiera diría que se había propuesto parodiar la célebre exposición: «Era costumbre entre los antiguos persas que...» Sin embargo, es mas inocente y de seguro que no pasará a la historia, como pasó el que tenía el principio que acabamos de indicar. Se reduce a un intento de demostración de que en «el antiguo régimen», es decir, en el reinado de doña Isabel II, tan pronto como caían los ministros, marchaban los unos a un lado, los otros al opuesto; que había intrigas y que salían los ministerios impensadamente; que todo se hacía en Palacio y que por eso se comentaba la presencia de tal o cual personaje en la corte, porque de seguro se tramaba alguna intriga.

Ahora, en el nuevo régimen, las cosas han cambiado, según el periódico ministerial; y los ministros que dejan de serlo, continúan honrándose con la confianza del jefe del Estado, y las deferencias de que son objeto, nada tienen que ver con la política ni con la vida ministerial. Algunos, según el mismo periódico, «insinúan que en las distinciones de que ha sido objeto un eminente personaje hay algo que se asemeja a complot borbónico; pero el mismo diario tiene precisión de insistir rechazando esas retenciones absurdas y que pertenecen a más de un género político-literario que ha pasado ya de moda».

Es muy cierto que ha pasado la moda de ese género político-literario de algunas retenciones y de groseras calumnias, porque los que la empleaban se hallan en el poder y no tienen por qué ni para qué apelar a aquel recurso: porque los que entonces en los periódicos, en los cafés, en los corrillos y en todas partes se ocupaban en inventar y difundir las mas inobedientes calumnias, ocupan o han ocupado ministerios, direcciones y altos puestos: hoy la oposición es mas noble, es digna; no desciende a lo que descendía en otros tiempos; no apela a la prensa clandestina, y cuando vuelva al poder no tendrá que sonrojarse haciendo una ley para recompensar periódicos clandestinos. Por eso no es de moda semejante literatura: ¿Cómo ha de serlo ahora? Volverá a serlo tan pronto como vuelvan a ser oposición los que ahora son poder.

Los moderados no se burlan, como supone *El Imparcial*, de la digna modestia que ha reinado en las fiestas, digámoslo así, que se dio celebradas en San Ildefonso: no sabemos qué fiestas sean hacer que salte el agua de aquellos surtidores, debidos a la munificencia de los Borbones; ni encontrar algunos farolillos preparados con soba, según testimonio del corresponsal de *La Política*; ni tomar un ligero refresco en aquellos borbónicos salones, que es cuanto los diarios ministeriales nos han dicho haber constituido aquellas fiestas, no destinadas por cierto a competir con las de la reina Semiramis. Los moderados encuentran muy en carácter lo de la media cola y demás aditamentos del tarjetón de convite, mucho mas apareciendo como nota marginal y manuscrita; y lo encuentran tanto mas natural, cuanto que ven en ello la adiestrada mano del notario de Calatayud, hoy director general de todos los asuntos de Palacio. Encuentran igualmente muy pastoril y bucólico, digno de los tiempos de la venturosa Arcadia, lo de las cucharas de palo, la fresca alfombra del mulledito césped y demás de que han hablado los periódicos ministeriales. ¿Qué de cosas, todas buenas, dirían los moderados, si para cantar tan inocentes escenas se encontraran inspirados por el estro de Garcilaso de Melendez! ¿Qué Nemesios y qué Batillos, con sus zurrón de pieles, su cayado y su corona de yedra o mirtos, al pie de aquellos pinos, a la margen del manso río o del placido arroyuelo! Y concluirían diciendo, con otro poeta: «¡Oh corte! ¡oh confusión! ¡Quién te desear!»

Volvamos, sin embargo, a la prosa de *El Imparcial*.

cial, de la política menuda, de las intrigas, de los temores y del duque de la Torre.

Que en los tiempos de la reina doña Isabel II marchaban los ministros caídos! Alguno podía salir de Madrid para sus asuntos particulares o para quitar todo pretexto a la suspicacia, a la maledicencia y a la murmuración, que podían atribuir a la permanencia en Madrid una causa que no existía: sucedía algunas veces, mas no siempre y mucho menos con todos. Nunca se vio lo que se ha visto durante la revolución: nunca se vio a un ministro fingirse enfermo, hacerse el mohino, marchar al Escorial, encerrarse en el monasterio, antigua mansión de reyes, para desde allí fulminar las mas tremendas acusaciones contra sus amigos; ir después a Tablada, cobrando el sueldo y no sirviendo el destino hasta el punto de ser necesario nombrar un suplente; todo porque la crisis no se resolvía a su gusto y conveniencia. Sagasta deja de ser ministro y sale de Madrid renegando de su partido, y diciendo que es imposible gobernar con la Tertulia: Moret sale del ministerio y marcha al extranjero, imitando algunos otros, en lo cual hacen bien, pues hacen su gusto. Nadie murmura por eso, a diferencia de los progresistas y sus concomitantes, que de todo han de hacer asunto de murmuración y maledicencia.

Sobre todo, hasta ahora no ha habido mas que un cambio de ministerio, desde la «coronación del edificio» el día en que haya otro y salgan o se quiera que salgan los que hoy están dentro, ¿se quedarán en Madrid o irán a Tablada, al Burgo de Osma u otros análogos retiros? ¿Habrá barricadas por parte de los entusiastas?

No hay, según *El Imparcial*, motivo alguno «para que se enfriaran las relaciones entre la corte y el antiguo regente». Prescindiendo de que la fórmula parece indicar que se trata de dos potencias y no de superior e inferior; puesto que el periódico ministerial pretende justificar con ella la permanencia del duque de la Torre en la Granja durante tantos días; diremos por nuestra parte que el duque de la Torre fue a aquel real sitio y ha permanecido en él con su cuenta y razón; que la última crisis se resolvió también con su cuenta y razón, y que la permanencia del duque de la Torre en el Real Sitio ha de traer para los progresistas la otra media cola que faltaba en las tarjetas de invitación, de que hablaba *La Política*.

El Imparcial asegura que ahora no hay crisis como alguna de otras épocas y que cuando haya de caer el ministerio Ruiz Zorrilla, las causas de su caída serán tan públicas, tan solemnes como las de su elección. La crisis que ha de haber es cosa ya sabida; las causas son ya tan públicas, que no hay quien las ignore. Los progresistas andan avisados: los telegramas y comunicaciones de la Granja hacen reír a quien lea los periódicos progresistas y vea la candida confianza que parecen abrigar acerca de su perpetuidad en el poder. Antes de ahora lo hemos dicho en otro artículo, que hemos publicado con el epígrafe: *Para Octubre*: entonces se verá lo que es bueno, si es que no se ha visto antes, que todo pudiera suceder.

El periódico ministerial concluye su artículo con estas palabras:

«...porque la raza de las víboras que se alimenta con la savia del trono y escupe despojos contra él la baba de la maledicencia, solo anda en troncos carcomidos y en las sombras del misterio».

¿Qué sea contra ciertas personas, que parece debieran ser muy amigas de *El Imparcial*! Porque hay víboras que se han alimentado con la savia del trono y después han mordido (no escupido baba, pues no la escupen las víboras) a quien los había alimentado; y sin embargo no andan en troncos carcomidos ni en las sombras del misterio, sino de muy distinta manera y bien a la luz del día. ¿Qué amigos tienes, Benito!

Retiramos nuestro segundo artículo de fondo

para dar cabida a la siguiente carta del señor coronel Solís, que hemos recibido con *La Revolución Española*, diario sevillano:

RESPUESTA AL SEÑOR LOPEZ.

Una hoja suscrita por un Sr. Lopez, contesta desde el Saladero a mi carta del 16 de este mes, que *La Época*, en vindicación de mi conducta, había tenido la bondad de insertar. Dicha carta, como el público ha visto, no ha tenido otro objeto que demostrar el origen de la persecución levantada contra mí, y los fundados motivos que tengo para no presentarme a los tribunales hasta que estos pierdan su carácter político; pero yo me doy el parabién, por que, no obstante las calificaciones con que se sirve honrarne dicho señor, me ha permitido coger la punta del hilo, que podrá descorrer el telón, y poner en claro lo que todos deseamos.

No obstante que la contestación es a mi personalmente, veo en el documento tantos denuestos al duque de Montpensier, que no parece sino que es a él a quien se contesta. Si dicho señor fuese responsable de todo lo que piensa, dicen y hacen sus parciales, verdaderos o falsos, y ha de ser él quien ha de sufrir el castigo que merecen los otros, no le arrojando la ganancia: mas afortunadamente, el público sensato y los hombres honrados de todos los partidos políticos existentes en España, que no son pocos, desde el absolutista hasta el republicano, le hacen justicia, y saben que no es ni el inspirador, ni el director, ni la influencia que dirige las acciones de sus partidarios.

No es tiempo aún de que el país se entere de ciertos sucesos ocurridos desde Agosto de 1868 (no del próximo pasado) hasta Noviembre de 1870; ya llegará su publicación, desde el Sr. Lopez; mas por lo pronto, no quiero dejar de hacermelo cargo de ciertas especies iniciadas en su escrito; siquiera para probar con sus mismas afirmaciones la verdad de lo expuesto en mi carta.

Desearía que los cargos que se me hacen fuesen del dominio del público, para poderlos deslucir públicamente; mas no sé donde aña conocidos, tengo que resignarme a deducirlos de lo que contra mí se escribe, y cuento para ello con el anuncio que hace dicho señor en el final de su escrito.

Como no he frecuentado las cárceles, siento cierta repugnancia de entrar en ellas cuando nada me remunerase la conciencia de que pueda merecerlas: dispénsenme, pues, el gusto de satisfacer agenos caprichos, por mas que el veredicto de un juez pueda lavarme de toda mancha mas adelante proclamando mi inocencia; prefiero verla proclamada, sin necesidad de sufrir una nueva vejación, que a nadie consolara ni serviría de redención.

En mi carta del 16 digo que los móviles que se llevan al perseguirme, es lanzar de rechazo la mas infame de las calumnias sobre augustas personas. Comprobada pues la veia, no solo en el retumbante encabezamiento del papel a que contesto; en el que, al asesinato del general Prim, se quiere ligar al secretario del duque de Montpensier, con cuyo dictado se me designa; sino en el emplazamiento que el señor juez que entiende en la causa, hace insertar en la *Gaceta* del 25, citándole con el cargo de lo fui, y no por lo que hoy que se me cita, sino: únese a esto la profusión del escrito del Sr. Lopez, repartido en las oficinas del Estado, y al decir de algunos periódicos puestos en las mesas de los oficiales, y los ataques de la prensa ministerial, se verá, no solo la verdad de mis asertos, sino la intervención que personas de elevada posición tienen en los procedimientos que el juez lleva en esta causa, sin duda porque tienen alguna idea que llevar adelante: cual sea esta, no puedo afirmarlo; pero la sospecho, y el tiempo se encargará de aclararlo.

En la misma dije, que según mis noticias, la denuncia por la que se me persigue, parecía haber sido hecha por un tal Lopez, sargento complicado en los acontecimientos célebres del 22 de Junio, y relacionado anteriormente con el general Prim: afirmado queda todo esto por el comunicado, pues si bien no es el sargento Lopez, es otro Lopez que intervino también en aquellos acontecimientos del cuartel de San Gil en 22 de Junio, como partidario de dicho general, que tanto influyó en ellos y cuyas relaciones estrechó luego en la emigración según se desprende por el resto de su escrito. El disgusto de empujarme conmigo parece que lo tuvo, según dice, el 3 de Junio de 1870; confieso que me es imposible recordarlo, pues he visto tantas gentes, que no puedo retener a todos en la memoria: de todos modos, y es lo que hace al caso, consta que mis relaciones con él son mucho mas posteriores que las que tenía con el general Prim; y como esta circunstancia puede dar lugar a con-

secuencias, que mas tarde ilustraran el asunto que se ventila, llamo la atención sobre ella.

Seguindo la hilación de los hechos que relata el espresado señor; tenemos, que no obstante ser su bello ideal el partido republicano, en cuyas ideas permanece aun; no duda, en acudir al llamamiento del duque de Montpensier, ambicioso del trono de España, según se sirve calificarlo. Creo, aunque no puedo afirmarlo, que no habiendo grandes afinidades, entre un republicano y uno que quiere ser rey, y no conociéndose antes, lo probable habrá sido que él ofreciese sus servicios y manifestase el deseo de trabajar en pró de la causa que representaba su alteza; que deseara hablarle, y en vista de estas manifestaciones repetidas, se le contestase como a otros muchos se ha hecho; que el duque, recibiendo a todo el mundo que le quería ver y hablar y podía venir cuando quisiera; lo cual hace variar en un todo la situación respectiva de ambos entre sí, de la manera con que lo relata el Sr. Lopez. Si no ha sucedido esto ó cosa análoga, nadie mejor que él podrá indicar cuando y cómo le llamó el duque, y por qué siendo de ideas republicanas, se avino a ofrecerle y prestarle sus servicios, si los hizo.

Seguindo su narración se ve, que al mismo tiempo que acepta de mí, según afirma, el estudio de un plan para representar un drama como el que tuvo lugar en la calle del Turco, para hacer desaparecer a los señores Sagasta, Zorrilla, Rivero y Prim, que estorbaban mis planes, se lamenta de no haber podido impedir la desastrosa muerte del general, por hallarse preso, y haber evitado de ese modo, la profunda herida que en la persona de D. Juan, recibió la libertad de España; y sin embargo, no es él quien previene al general Prim de lo que contra él se trama, y otro es, el que se encarga de descubrirle. En la causa formada entonces aparecerá la declaración del delator; se sabrá quién es, por dónde anda, y por qué estaba iniciado en el complot: yo no dudo que tarde o temprano aparecerá, y entonces, conociendo su personalidad y antecedentes, se despejará un poco esta nube que aparece.

Vese en esta conducta una contradicción tal, que obliga a sospechar si podrá haber debajo algún pensamiento ulterior. Aparece que el Sr. Lopez, republicano de ideas, viene a ofrecer sus servicios y persona a uno que ambiciona ser rey; que si sabe quién es y conociéndolo apenas, se le propone un dramático plan; que no es el dinero, que rechaza, el móvil que le lleva a combinarlo; que lo acepta, y siendo conocido y habiendo tenido relaciones de intimidad con el general Prim, no es él quien le revela el plan tramado contra su persona; pero cuando tres meses después sucede la catástrofe se lamenta de que por estar preso no ha podido salvarle. Dice, que consecuentemente conmigo, en siete meses que lleva preso ha guardado silencio; pero que al ver mi imprudente y audaz carta, que tengo el atrevimiento de firmar con mi nombre y apellido, no puede menos de descubrir los autores del crimen cometido en la persona del general Prim.

Tranquilo estaba yo al lado de mi familia cuando una feliz casualidad hizo que para ver unos parientes de un pueblo inmediato pasase una noche fuera de mi casa: en dicha noche vinieron donde estaban mi madre e hijas, cercando la casa para prenderme dos oficiales o jefes y veintidós guardias civiles; esta fue la primera salutación y noticia que tuve de que se me buscaba: para verificar este acto no se levala orden de ningún juez. No se extrañará que mi familia me avisase y que yo procurase ocultarme hasta saber qué motivaba esa brusca medida, no se de quien; así como el registro de mi casa y papeles: vi luego los ataques que se me dirigían, los registros y persecuciones a parientes y amigos; y me pareció conveniente decir algo que vindicase mi ausencia a los ojos del público, hasta que se probase mi inocencia. Después de lo que he leído, supongo que las providencias dictadas por el señor juez de la causa contra mí, son efecto de lo dicho por el Sr. Lopez; que viendo que el juzgado ha puesto delante de sus ojos pruebas innegables y hechos aclarados de no sé qué, por defender al partido republicano, a quien pertenece, víctima de las falsas delaciones, ha deshecho el error, y designado los autores del delito, y a mí, como uno de ellos sin duda.

Véase, pues, como no ha sido mi carta el móvil de su delación, sino algún otro motivo, que es posible se sepa algún día; pues su declaración contra mí, había sido dada antes de salir mi carta a luz.

Republicano, amigo y relacionado con el general Prim, el Sr. Lopez, antes de ofrecer sus servicios al duque de Montpensier; y conservando las mismas ideas políticas y afectos, cuando de él se separa al poco tiempo, da a entender que jamás tuvo otras. ¿Qué enig-

ma se encierra en esta conducta? ¿qué le impide a venir al lado de este señor, puesto que ha manifestado que no es el dinero, que ha rechazado? Veremos si él nos lo quiere explicar, y mientras tanto, aunque con sentimiento y obligado solo por la necesidad de mi defensa, voy a mi vez, a dar a conocer algunos antecedentes, por si en algún sitio del cuadro vienen bien y pueden al público y al señor juez, dar alguna luz que ilumine esta oscura labor. Por los meses de Octubre ó Noviembre, en la calle de Fuencarral 413, recibí una carta que dejó una persona desconocida, con el carácter de urgente, para el Sr. Solís; firmaba un tal Jauregui y decía ser escrita en el Saladero, pidiéndome dinero, para sus necesidades y las de su familia.

Pasaron algunos días sin darle contestación, y se presentó una señora, desahogado ver al ayudante del duque de Montpensier: no pudiendo verle, volví varias veces, y por último, dejó una carta fechada en el Saladero con la firma de Jauregui, en que pedía mayor cantidad, y que de no darsela me delataría como cómplice en el conato de asesinato, tramado contra el general Prim: tampoco obtuve respuesta, así como otras varias que se repitieron.

En aquella época, tuve conocimiento de algunas particularidades, que podrán ser útiles, para el esclarecimiento de ciertas conductas, y que me reservo, por teniendo grandes influencias interés en atacarme, no siendo aun públicos todos los cargos que se me hacen, y no siendo muchos los antiguos amigos que me dan la mano, para sostenerme en este momento; necesito dejar que mis enemigos descubran todas sus pruebas contra mí, para ver si por lo menos, a los ojos desinteresados, puedo demostrar la inocencia de mi conducta, cualquiera que haya sido.

Mataron en Diciembre al marqués de los Castillejos, regresé yo a Madrid, para traer una carta de pésame a la duquesa de parte de S. S. A. A. y algunos días después, dejaron en mi casa otra carta, firmada Jauregui y firmada en el mismo sitio, pidiéndome mayor cantidad que las otras veces, que influyera para que lo sacasen del Saladero, y amenazándome, que de no entregársela antes de 24 horas a un cuñado suyo, pediría la ampliación de su declaración, que aun quedaba abierta en la primera causa, y se señalaría al Sr. Solís como el autor de aquel crimen, ó que en saliendo del Saladero, me haría y aconteciera, esto debió ser sobre los últimos días de Enero: tampoco obtuve respuesta esta amenaza, carta, como debe suponerse, porque había recibido ya de ese género tantas en otras ocasiones, que me hacían poquísimo efecto; y de estos hechos, yo deduzco, aunque tal vez me equivoque, que estando el Sr. Jauregui en el Saladero y el Sr. Lopez también, puede haber algunas relaciones entre ellos: no extraño, pues, la delación, ni mucho menos, si existen otros motivos, que liguén sus actos.

Qué relación puede haber entre ambas personas, nadie mejor que el señor juez actuado que tiene ambas causas, puede sacarlo en claro, y de ello deducir las consecuencias oportunas.

Preso como estaba el Sr. Lopez, según se prueba, no ha podido cometer el atentado, que tuvo lugar en la calle del Turco y que según él dice era una parte de mi dramático plan; esto ya es algo, pues me libra de una parte de responsabilidad, aunque no fuera mas que de la influencia de mi idea: pero tampoco ha podido presenciarlo ni saber, sino por relación, como se ejecutó; lo que sobre este particular pueda indicar, no son mas que otras tantas suposiciones, como los demás mortales hemos hecho, desde el juez que instruye la causa abajo. Ausente yo de Madrid en aquellos días en Castilleja de la Cuesta, es decir a 98 leguas de distancia como pueden corroborar todos los que vivieron, comieron y hablaron conmigo, incluso algunas autoridades de Sevilla; no es posible pueda considerarse como actor ni aun curioso en dicho drama.

Gobierno tenía España, y parte de los que le constituyen componen el de hoy, y pueden decir, si en algún punto de la nación, por insignificante que haya sido, ni aun en Andalucía cuyas autoridades han sido siempre tenidas por partidarias del señor duque, y por eso han sido relevadas, ha habido, no digo generales ni regimientos, sino el grito mas pequeño en favor de su persona en aquellos momentos, que corroboren ese gran complot que yo dirigía, esa perturbación general, con que yo contaba enzarzar a los partidos según asegura el señor Lopez y que tendría lugar cuando desapareciera Prim, para colocarlo en el trono de España, por medio de un golpe de fuerza, dado por unos generales, cuya leal conducta ha sido tan pública que no ha menester mi defensa.

—Hasta la vista. No volveré hasta la hora de la comida. Un beso, Camila.

La niña le miró con ojos suplicantes, pues envidiaba aquel paseo al aire libre.

El joven la cogió en brazos y le dijo al oído:

—Levántate mañana temprano y te ofrezco que daremos un buen paseo.

En seguida salió.

La señora de Beaufort no apartó de él los ojos hasta que estuvo fuera.

—Confiesa, Lilburne, que es muy guapo. ¿No tengo razón de encarecer su noble apostura?

—Hermosa, tu hijo poseerá una gran fortuna. En cuanto a su apostura, preciso es reconocer que le falta gracia.

—¿Quién mejor que tú pudiera comunicársela?

—Sin duda. Pero si yo tuviese un hijo (¡libre Dios!) no me encargaría de guiarle. Si se quiere que un joven...

(Camila, cierra esa puerta ya que no lo hizo el atollado de tu hermano), si se quiere que un joven adquiera pronto la experiencia de la vida y la elegancia del mundo, colóquese entre dos vicios: el juego y las mujeres. Es un aprendizaje caro, amiga mía.

La señora de Beaufort lanzó un profundo suspiro, y lord Lilburne se sonrió irónicamente como de costumbre.

El disgusto de los demás le escitaba un maligno placer.

Sin contar que aborrecía la juventud, sin duda por haber abusado tanto de la suya.

Entre tanto, los gozosos ginetes, no cuidándose del sofocante calor que hacia, iban en direccion del barrio Hackney.

—¡Vaya un sitio que se nos ha indicado para ver un caballo! dijo sir Enrique Danvers.

—Mi prima, que es persona que lo entiende, contestó Watson con seriedad, le califica de admirable animal. Ha ganado varias apuestas al trote. Su dueño era un comerciante muy apasionado a las carreras de caballos,

FOLLETIN.

LUZ Y SOMBRA,

NOVELA INGLESA

POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación.)

Dos palabras bastarán para pintar a la señora de Beaufort. Era vulgar hasta la inverosimilitud; ni buena ni mala, ni mujer de talento, ni tonta. Había sido educada como todas las jóvenes de cierta condición. De nada servía, ni siquiera de obstáculo. Hablaba poco por temor de comprometerse; pero tenía un gusto innato, per los adornos de tocador. En suma: era nula, aunque de una manera decorosa y no chocante.

Do sus dos hijos, Arturo era el predilecto; y el cariño hacia él se había aumentado desde la muerte de Felipe Beaufort.

Como no vivía sino por el mundo y para el mundo, sus afectos crecían ó disminuían según que el objeto de estas se hallaba mas ó menos espuesto a los rayos luminosos de la sociedad.

No amaba a su esposo, en el sentido verdadero de la palabra; pero sentía hacia él cierta dosis de afecto.

Era un matrimonio muy bien avenido.

Por lo demás, su conducta había sido irreprochable, y eso que cuando joven su incontestable belleza estaba rodeada de seducciones, como que vivía en un círculo donde abundan los ejemplos de coquetería y liviandad impunes; pero jamás cedió a la tentación.

No conocía la adversidad; se compadecía apenas de las desgracias de sus semejantes, si bien estas males de convención, como la jaqueca, flato y demás que padecen las personas elegantes, estaban seguros de encontrar en ella una ardiente simpatía.

Todas las puertas se abrían ante ella; pues aunque todavía hermosa, ni sus talentos ni sus modales escitaban la envidia ni los celos de nadie.

Su marido no la consultó al escribir a Catalina, y sin embargo, el miramiento hacia ella entró por mucho en la redacción de la carta.

Roberto no había informado a su mujer de la situación particular en que se hallaba Catalina, guardándose de contarla la conversación que tuvo con Felipe la víspera de su muerte. Roberto no creía en el matrimonio de su hermano; pero había un hecho indudable, y era la fidelidad perfecta de Catalina hacia el difunto.

Lo único que la señora de Beaufort sabía de los proyectos de su marido puede resumirse en lo que sigue: —Creo que sería decente hacer algo por esa mujer, pues ha faltado poco para que se casase con mi pobre hermano. ¿No opinas como yo?

—Sí, amigo mío. Pero ¿quién era? ¿Vale algo?

—¡Oh! Es hija de un comerciante.

—Entonces conviene dar a los hijos una posición análoga a la de su madre. Es la práctica. Asignad a la madre una pensión equivalente a lo que hubiera podido tener casándose con un comerciante como su padre y quedando viuda. Debe ser una de esas mujeres astutas y perversas que no merecen lástima; pero por lo que pueda decir el mundo, obremos cual cumple a personas de nuestra clase.

La señora de Beaufort no volvió a acordarse de tales miserias. ¿Qué la importaba la mujer ni los hijos legítimos ó no de Felipe?

Este, a sus ojos, era reo de un crimen: el de despreciar los juicios, las opiniones y los fallos del mundo.

—¿Qué hombre de tan mal tonol solía decir.

Sus hijos debían serle indiferentes por lo menos.

Arturo y su madre estaban aquel día en el comedor; el joven junto a la ventana, esforzándose en reprimir un bostezo de fastidio, y la señora de Beaufort ocupada en una de esas graciosas labores de aguja que sirven a las mujeres que no tienen que hacer, de pasatiempo.

Había además allí otro hombre, sentado en un gran

Tranquila quedó España y con recordarlo lo que en aquella época hizo el que era el paladín mas acérrimo del ducado de Montpensier, se comprenderá fácilmente, lo que este señor hubiera podido esperar en favor suyo de los demás, si acaso se le hubiera ocurrido contar con ellos para alguna cosa no legal.

El tiempo se encargará de aclarar los hechos, y entonces se juzgará la conducta de S. A. con un poco mas de justicia que hoy se hace, por amigos y enemigos; y eso que falta el que mas podía hacerla, que es el general Prim.

Después de unos hechos tan elocuentes, después de una prueba tan palpable, de la ninguna influencia, que en favor de los duques de Montpensier produjo el acto de la calle del Turco, ¿podrá alguno sospechar de que sus partidarios ni ellos hayan tenido la mas pequeña participación o conocimiento de lo que iba a suceder?

Una de las personas que en aquella noche sufrieron inoportunamente, fué el Sr. González Nandín; he sido citado por el juez para responder de ello; nos conocíamos mucho antes, y mientras su curación, mas de una vez le he ido a visitar; a su testimonio apelo, que diga si al mirarme frente a frente, si al estrechar la mano que me tenia herida, me ha visto palidecer ó sentir temblar la mis, recordando al verle en aquel estado, víctima, no digo de mis ataques personales, puesto que aquel día habia estado bien lejos del lugar del crimen, sino de mis cabales y amañados.

Me parece, que con los datos que presento, nadie dudará de que en aquel triste suceso no he tenido participación ni de pensamiento, ni de dirección ni de hecho; y aunque después de los antecedentes que el firme del comunicado da, sobre sus ideas políticas y afectos, todo el mundo ve bastante claro de lo que se trata, sin embargo, espero probar la inocencia de mi conducta, no obstante el arsenal, que para acriminarme se ha reunido; porque, como llevo dicho, tengo ya el hilo que ha de descubrir el telón; hilo, que aunque ha pisado alguno de mis perseguidores, aún no ha podido romper.

Respecto a lo que atañe a los Sres. Sagasta, Rivero y Zorrilla como afortunadamente viven, sus amigos y míos saben, así como ellos, que no los han considerado nunca como obstáculos insuperables, para ver en el duque de Montpensier una solución conveniente para el país, y alguno tiene pruebas de ello. En cuanto a la enorme cantidad de oro, de que yo disponía, para el soborno de los que quisieran venderse, según anunció el Sr. López en su delación y marca en su escrito, la junta de socorros de Barcelona durante la epidemia tiene rastro de ella, y el señor juez de San Beltrán de aquella capital, se ha encargado de averiguar la procedencia y empleo de lo que se suponía de mi pertenencia, y como este ha devuelto el exhorto con las cartas que han encontrado mis el juez del Congreso, allí puede comprarse todo.

El señor firmante del comunicado, me dispensará haya tenido valor para contestarle; si aun tiene algunas otras pruebas que aducir, preséntelas, y como él también tiene interés en que se presente, yo le ruego haga sepamos el nombre del delator del primer complot, y si es posible, lo que el señor conde de Reus le dijo en la primera entrevista, los documentos que le dió instrucciones que recibí; que nos servirá de fana en este laberinto tan oscuro de anomalías inconcebibles.

Si después de lanzarme todos los cargos, no puedo probar lo injusto de la persecución que contra mí se ha levantado, entonces, únicamente yo, yo solo seré ante la justicia y vindicta pública, responsable de todo cuanto haya podido pensar, decir y obrar, no ningún otro.

Felipe de Solís y Campuzano.

27 de Julio de 1871.

Ayer esperábamos ver en la *Gaceta* la distribución dada por el gobernador civil del donativo que con motivo de su cumpleaños creemos habrá hecho doña María Victoria a los establecimientos de Beneficencia de Madrid, y que suponemos serían los actos benéficos a que se refería *La Iberia*.

Vana fué nuestra esperanza; el *Diario oficial* nada dice, si bien la fundábamos en que los donativos que con motivo de sus días, cumpleaños ó los de cualquiera persona de la familia real, hacia S. M. la reina doña Isabel II, y que dicho sea entre paréntesis, nunca bajaron de tres mil duros, ascendiendo a veces hasta doce mil, estos donativos repetidos, los distribuía el gobernador civil de Madrid entre las casas de Beneficencia y familias necesitadas, y a los pocos días se publicaba en la *Gaceta* una relación de las personas y establecimientos agraciados.

Podrá ser muy bien, y lo celebráramos porque resultaría en beneficio de los menesterosos, que la cantidad mandada entregar con este objeto por doña María Victoria sea tan considerable que aun no haya habido tiempo de distribuirla, y esta sea la causa del silencio de la *Gaceta*.

Lo ocurrido ayer en el ferro-carril del Norte no tiene disculpa alguna.

El atropello de un tren por otro que marcha en la misma dirección, revela una falta absoluta de cumplimiento de lo que se halla prevenido en los reglamentos de todos los ferro-cariles del mundo.

y parece ha venido a menos. Esta circunstancia ha acabado de seducirnos.

Y con razón, dijo Arturo riéndose. Por lo demás, el paseo es agradable. ¿Qué tiempo tan magnífico! Os convido mañana a comer en Richmond, desde donde volveremos en canoa y al remo.

—Después jugaremos una partida, añadió M. Marsden, que era el de mas edad, pero no el mas formal de aquellos jóvenes.

Había en él cierta aspereza, aunque no estuviese mal de fortuna, y acaba de dejar a Oxford.

—Estoy a disposición de mis amigos, respondió Arturo manejando su caballo como el mas diestro picador.

—¡Ah! M. Roberto Beaufort! ¿Qué se han hecho vuestras previsiones y prudencias? ¿Dónde se ha ido vuestro talento?

Arturo, pobre, hubiera sido la gloria de su familia.

Pero continúenlos.

—Hace buen tiempo; conviene aprovecharlo y divertirse; con que Arturo; al trote, al trote.

Los cuatro amigos entraron en el barrio Hackney. A la sazón un anciano, casi ciego, atravesaba la calle, sirviéndose de guía el bastón.

Los jóvenes, distraídos con la conversación, no le vieron.

El infeliz viejo, oyendo el galope de los caballos, se detuvo; pero era tarde.

Marsden llevaba un caballo de boca muy duro, que atropelló al ciego, y entonces fué cuando el ginete miró a sus pies.

—¡Qué diablo de gentes! exclamó con tono áspero y como el que tiene que echarse algo en cara. Siempre acierta a interponerse para servir de estorbo.

Y siguió adelante.

Pero sus amigos, mas jóvenes que él y de mejor fondo, pues no eran jugadores... se pararon en el acto.

Arturo echó pie a tierra, y levantó al anciano, que estaba gravemente herido y cubierto de sangre. Uno de

No puede salir un tren de una estación, sin que de la inmediata se halla recibido aviso de estar la vía libre.

¿Cómo se ha faltado a este requisito tan esencial? por el abandono en que el gobierno ha dejado lo que importa sobremanera a la vida de los viajeros.

¿Es cierto que se ha concentrado en Madrid durante las tres últimas noches toda la guardia civil disponible?

¿Es verdad que para adoptar esta medida se daba por pretexto la inminencia de un movimiento en sentido socialista?

Bueno sería que la prensa ministerial aclarase estos rumores, que han infundido el temor y la alarma en el pacífico vecindario de esta capital.

La mitad de los ingenieros civiles de todas clases, inclusa la de inspectores, queda de escasez con medio sueldo.

¿Este si que es corte geológico, Sr. Echeagaray! ¿Con qué derecho lo hace el gobierno? ¡Ahí verá V! Con el mismo, exactamente con el mismo con que prescindió al principio de la revolución de todas las leyes existentes: con el mismo con que suprimió los derechos de las clases pasivas: con el mismo con que deja de pagar al clero.

Admitido el principio, no hay mas que admitir las consecuencias.

¿Será cierto que se trata de dejar de reemplazo, por economía, una tercera parte del número de catedráticos é individuos del cuerpo de archiveros bibliotecarios? No lo creemos, suponiendo mas bien que sea una invención de algún ingeniero civil, en vista de lo que se hace con su cuerpo: preciso es, sin embargo, convenir en que el derecho sería el mismo que el que pueda haber para hacer lo que se hace con los ingenieros.

La *Gaceta* publicó ayer otra orden análoga a la del día anterior: en la del viernes se publicaba la que disponía que se suspendiese la subasta para las obras de limpieza del puerto de Ibiza: en la de ayer se publicó la que dispone que se suspenda la subasta para las obras de limpieza del puerto de Denia.

¿Qué progreso! Hé ahí las flamantes economías del nuevo ministerio.

Parece que el Sr. Ruiz Gomez está estudiando el medio de reducir los intereses de la Deuda consolidada al 1 1/2 por 100.

A este fin pidió al corresponsal del *Diario de Zaragoza* en Madrid unos libros y antecedentes que en 1868 leían juntos ministro y corresponsal, y que trataban de los arreglos de la Deuda inglesa.

Si el ministro de Hacienda se decide a estudiar la cuestión y a plantearla, los tenedores de consolidado, van a representar el papel de los perros en los ensayos de los operadores quirúrgicos; es decir, van a ser el *anima vilis* del Sr. Ruiz Gomez.

Les damos la enhorabuena.

Otra economía ó punto negro del Sr. Zorrilla.—En el Burgo de Osma, parece que reside un individuo que ejerce su profesión de escribano, desempeñando a la vez el cargo de alcalde y el de comandante de la benemérita milicia ciudadana de dicho pueblo. Este buen patriota gracias a la amistad que le une al Sr. Zorrilla, ha conseguido el don de la ubicuidad; pues mientras desempeña todos los referidos cargos en el punto de su residencia sin salir de ella ni poco ni mucho, disfruta a la vez en Madrid hace largo tiempo el sueldo de veinte mil reales como delegado de una sociedad de crédito de las que dependen del ministerio de Fomento.

Hemos oído que dentro de la misma situación se viene preparando una terrible oposición contra el ministerio presidido por el Sr. Ruiz Zorrilla, a cuya cabeza se pondrá *El Imparcial*.

¿Con qué derecho, excelentísima Diputación, pregunta *La Opinión Nacional*, los empleados de secretaría cobran mas al corriente que los de los hospitales, a quienes se les adeuda cuatro y cerca de cinco meses, mientras que a ellos solo uno?

Con el derecho, querido colega, del león de la fabula: ni mas ni menos. Con el derecho con que se hacen en la España revolucionaria tantas cosas torcidas.

Y añade: «Es que son amigos?... Ya... Siga el favoritismo. ¡Si seremos liberales! ¿Cuándo venga una epidemia irán

los cascos del caballo le pegó en el costado, y se quejaba mucho.

—¡Cojeos de mi brazo, buen hombre; voy a conducirlos a vuestra casa. ¿Está lejos?

—No señor. Está muy cerca de aquí. Si hubiera traído mi perro no me hubiera sucedido esto. Pero, caballero, no os molestéis por mí. Soy un pobre viejo que a nadie interesa. ¿Cuánto siento haber dejado mi perro!

—Seguid, dijo Arturo a los otros jóvenes; soy con vosotros al momento. No tardaré mas que el tiempo preciso para conducir a este infeliz a su casa y enviar por un médico.

—¿Cómo te quiero, Beaufort! exclamó Watson. Eres el mejor chico que conozco. Allí tienes a Marsden que se apea y examina los cascos de su caballo. Buen hombre, este soberano para vos.

—Y este, dijo Sr. Enrique. Vámonos. No dejes de ir a reunirse con nosotros. Te aguardaremos un cuarto de hora. Ven, Watson.

El ciego no habia recogido los soberanos, ni aun dado las gracias a los jóvenes. Su semblante expresaba la amargura y el resentimiento.

—Ha de ser indispensable, preguntó volviéndose a Arturo con enojo, que vuestros caballos no derriben al suelo sino mendigos, ó es que todos los ciegos piden limosna? Mi perro, mi perro e lo que quiero.

—Yo haré sus veces, dijo Arturo con tono afectuoso. Apoyaos en mi. Mas... mas... Bien. ¿Os sentís mejor ahora?

—¡Hum! Sería lástima dejar esos soberanos en el camino.

Arturo se sonrió.

—Tomados. Aquí están.

El viejo se los guardó en el bolsillo. Detuvieronse al fin, según las indicaciones del herido, a la puerta de una casita cuyas ventanas daban a un cementerio.

Llamaron dos veces y salió a abrir una mujer como de cincuenta años que tenía mejor aspecto que el de las criadas ordinarias.

ellos a prestar sus servicios en aquellos establecimientos?

Por lo visto el colega no sabe el cuento de la perdiz y el moluelo.

El nombramiento para gobernador civil de Madrid del Sr. Mata, podría darnos ocasión a recordar mas de un chiste de nuestros poetas, referente a su nombre y a su profesión facultativa, si no nos trajese a la memoria que la nueva autoridad superior civil de esta capital aceptó todas las ideas que el Sr. Suñer y Capdevila vertió en el Congreso contra la religión católica. Ante esta consideración desaparecen los chistes y solo queda un profundo dolor contemplando a un pueblo católico sometido a una autoridad que ha confesado públicamente su ateísmo.

Al leer los nombres de la nueva hornada de gobernadores, se viene involuntariamente a la memoria la célebre quinta de Mendizábal. Exceptuando alguno que otro, están demostrando la gran escasez de personal apto para los elevados cargos políticos del partido progresista a la par que la inutilidad del propósito del Sr. Ruiz Zorrilla de echar mano para el personal de los gobiernos de provincia de funcionarios competentes y caracterizados.

Hasta *La Nación*, periódico progresista, se conculde de la insignificancia de los recién nombrados, y dice:

«Los nombres de algunos de los nuevos gobernadores son completamente desconocidos para la generalidad. Suponiéndolos progresistas, y creyéndonos al tanto de la vida íntima de los veteranos y bisoños generales y reclutas de nuestro partido, muchos nos han preguntado por la calidad de los favorecidos. El aprieto es grande, y solo hemos podido contestar como el Salvador a los judíos que le preguntaban cuándo llegaría el juicio final: *Deus scit*.»

Varios colegas escitan al gobierno a que adopte medidas para impedir en España el desarrollo del cólera, que ha invadido varios países de Europa.

Tenemos poca confianza en la eficacia de las medidas que adopte el gobierno, si es que las adopta.

Participando *La Opinión Nacional* a sus lectores la llegada de su director Sr. Nuñez de Prado a esta capital, añade:

«Al llegar anteayer como a la mitad del camino el Sr. Nuñez de Prado, le llamé la atención, según nos ha referido, que en todas las estaciones del ferro-carril habia tropa armada, en muchas de ellas centinelas, y en todo el trayecto guardia civil en actitud casi bélica. ¿Qué habia sucedido? se preguntaba a sí mismo. ¿Habrá estallado alguna de esas insurrecciones de que todos los días hablan los periódicos ministeriales, porque ya debían haber pasado los tiempos en que, por que a un personaje cualquiera se le anteje pasearse ó ir de aquí para allí a sus asuntos, se ponga en movimiento una parte del ejército y se ocasionen gastos al Erario?»

Sin embargo, a poco tiempo se calmó el ánimo del director de *La Opinión Nacional*, sabiendo que todo aquel aparato no era efecto de ningún pronunciamiento, sino precauciones tomadas, a pesar de la general confianza, porque en el tren venían otros personajes que en todo piensan menos en imponerse a la voluntad de los pueblos. Pero todo fué innecesario, porque en todo el camino reinó el mayor silencio y compostura.

La Igualdad anuncia que tiene motivos fundados para creer que altas influencias se oponen a una de las mas importantes, urgentes, necesarias y trascendentes reformas que el Sr. Ruiz Zorrilla se propone hacer, cuya reforma apenas iniciada encontró oposición en la persona donde menos debiera esperarla y que carece de facultad constitucional para hacerla.

¿Obstáculos tradicionales tenemos?

Hasta los mismos periódicos ministeriales observan el inmenso desarrollo que ha alcanzado la criminalidad en Madrid y en las demás principales capitales de España. *El Eco del Progreso*, decía en uno de sus últimos números siguiente:

«Sea que parezcan mas numerosos porque hay en los periódicos la costumbre de dar cuenta de ellos, sea porque lo son en realidad, lo cierto, lo evidente es que apenas se tiene noticia de un robo, se recibe de un asesinato, que apenas se habla de una falsificación de billetes, se previene al comercio que tales monedas y con tales notas son falsas. Y Valencia se disputa la triste celebridad de sus crímenes, Barcelona la de sus falsificaciones y Madrid la de sus estafas.»

No es que parezcan mas numerosos los crímenes porque hay la costumbre de dar cuenta de ellos en los periódicos, costumbre que ha existido siempre

Llevaba un gorro con cintas encarnadas, cosa impropia de su edad; delantal de fulard, de la India; vestido de merino oscuro; medias de seda negra; grandes pendientes de oro y un enorme reloj.

—¡Dios os bendiga, y también a nosotros, buen caballero! exclamó. Pero ¿qué ha sucedido?

—Me siento muy débil. Dejé que entre, dijo el herido. Caballero, ya no os necesito. Id a reuniros con vuestros amigos. Gracias. Adios.

Arturo, sin hacerle caso, continuó sirviéndole de apoyo, y a través del angosto pasillo que con lucía a un saloncito pequeño adornado con muebles antiguos.

Apenas el anciano fué colocado en un sillón con forro de cuero, roído por los ratones, cuando se desmayó.

Arturo habia enviado a su groom por un médico; y mientras que el ama de llaves (pues tal parecia) quitaba la corbata al ciego y quemaba plumas junto a su nariz, se oyó un golpe seco en la puerta de la calle y sonó la campanilla.

Arturo fué a abrir. Era un hombre de baja estatura, vestido con aseo y que usaba calzones y polainas de Mahon.

Corrió asustado a donde yacía el herido.

¿Qué pasa? ¡Triste accidente! Atropellado... ¡Malo muy malo!... Abrió todo... ¡Un vaso con agua!... Un lienzo... Bien. Ya veo lo que es. No ha habido fractura. Una simple contusión... Un choque violento... Quitadle el vestido... Otra silla para estender las piernas... ¿Qué edad tiene?... Sesenta y ocho años... No es posible sangrarle... Gracias... ¿Cómo os sentís? No muy bien... Esto no será nada... Pronto os encontrareis mejor... Débil siempre... tranquilizase; os repito que no será nada.

—¡Yray! ¡Yray! ¿Dónde está Tray? ¿Dónde está mi perro, señora Boxer?

—Pero ¡Dios mío! ¿Para qué queréis ahora el perro? Está en el corral.

—¿Qué tiene que ver mi perro con el corral? gritó exasperado el herido. Ya preveía yo que apenas volviese la espalda se le trataría de ese modo. ¿Por qué salí

en la prensa, sino que realmente lo son, y de un modo asombroso.

En el mismo artículo en que *El Eco del Progreso* estampó los párrafos transcritos, pide el establecimiento de la ley de vagos de la anterior dinastía, corregida y vigorizada. Veremos de qué manera aprecian y juzgan este consejo y esta petición los periódicos cimbrios, para quienes los derechos individuales son una *santa sanctorum* contra el cual se levanta *El Eco del Progreso* con voz tan enérgica y decidida.

La Revolución llama la atención de la prensa sobre un artículo que publica el mismo colega, con el epigrafe de *El medio mas adecuado*, y en el cual, después de manifestar que la Internacional está fuera de la ley por sus tendencias y su manera de ser, pide que se constituya otra asociación que tenga por objeto combatir estas tendencias en bien de las familias, del Estado y de la propiedad.

Esta asociación ya está constituida y no tiene el diario radical mas que pedirle a ella directamente el cumplimiento de su deber. Esta asociación es el gobierno: a él pues con la queja.

Dice con mucha razón un colega:

«*El Imparcial*, para explicar algunas cesantías que ha hecho el Sr. Ruiz Zorrilla, acude a recursos nuevos por completo en la prensa española. A cada persona le va aplicando su calificación, como si tuviera derecho para repartir patentes de aplicación y de aptitud. Siempre esta manera de tratar las cuestiones sería reprobable; pero es incomprensible, mas que nadie en *El Imparcial*, que conoce de cerca, muy de cerca, ó ha conocido empleados que no sobresalan seguramente por su asidua asistencia a la oficina.

¿A qué, pues, entrar por un camino tan espinoso en que tan mal puede salir nuestro colega y los mas íntimos amigos del Sr. Zorrilla? ¿Acaso no nos conocemos todos?»

Pues si quiere *El Imparcial* que hagamos una historia de los empleados holgazanes, ineptos é imprevistos que quedan vivos después de los últimos arreglos, pronto estamos a ello. Vamos siendo ya viejos, y sabemos de memoria a muchas gentes.»

Ni aun limitada al arreglo de personal del Consejo de Estado se ha observado la regla de dejar cesantes a los mas modernos, según dijeron los periódicos ministeriales al anunciar la separación del Sr. Cánovas del Castillo; pues entre los 17 oficiales del Consejo, que tambien han sido condenados a la cesantía, la mayoría pertenece a los mas antiguos, habiendo algunos que estaban en el Consejo desde su primera creación.

Con el epigrafe *Reformas patrióticas*, dice *El Rigoletto* con mucha gracia que el ayuntamiento de Madrid proyecta las siguientes:

«Erigir una estatua ecuestre al Sr. Zorrilla en la plazuela de los Carros.

Incomunicar la calle de la Libertad por el estado ruinoso en que se halla.

Prolongar la calle de Belen hasta la plaza de los Miserios.

Tapar la calle del Nuncio.

Abir una nueva vía, llamada de los Siete Dolores, que parte desde la de Jesus hasta la del Calvario, empalmando con la calle del Bonetillo.

Prolongar la calle del Oso hasta el ministerio de Hacienda.

Levantar un arco de triunfo en la calle de Carreras.

Abir una calle que, con el título de la Calabaza, unirá el ministerio de la Gobernación con el paseo de los Melancólicos.

Suprimir la calle de San Justo.

Hacer que la calle de la Independencia vaya a morir en la del Desengaño.

Ensachar la plazuela de la Leña.

Echar la mayor parte de los diputados ministeriales al Prado, que ahora está fresco.

Darle habitación gratis perpetua a Olózaga en la calle de Babadadores.

A la calle del Turco llamarla no te creo.

Suprimir la calle del Gobernador en vista de que él está suprimido.

Trasladar la Tortilla a la plazuela de la Paja.

Y, finalmente, dirigir las calles del Amor de Dios, de Capellanes, de la Cruzada y de la Fé en línea recta a San Bernardino.

Si estas reformas se llevarán a cabo, seguramente que los extranjeros cuando llegaran a esta capital, no tendrían necesidad de enterarse de muchas cosas si eran aficionados a traducir metáforas.

Ayer tarde a la una se reunieron en Consejo los ministros, bajo la presidencia de D. Amadeo.

En él ha quedado firmado el arreglo de la dirección de Obras públicas y el del personal de la secretaría de Fomento. Hemos oído decir que las cesantías en este ministerio son tan numerosas, que solo en el arreglo de secciones quedan cesantes 9 jefes, 79 oficiales y 43 escribientes.

sin él? Traedme al punto mi perro, señora Boxer.

—Caballero, dijo el farmacéutico a Beaufort, esto va bien y no hay temor de que suceda ninguna desgracia. ¿Cómo ha sido ello? Un atropello, supongo. Pudo tener fatales consecuencias. Vuestro criado, chico muy inteligente, me ha explicado todo. Al verle colegi desde luego que se trataba de mi pobre amigo. Es excelente persona y antiguo ya en el barrio. Carácter lleno de rarezas, escéntrico, añadió en voz baja. Estaba comiendo; pero...

—¿Cómo quiere a su perro? ¡Bonito animal! ¿Qué coala... Mis ocupaciones son penosas: dos partes que espero. Ha de demorarse para ir a parir. Por lo mismo he dicho a la señora Perkins (mi esposa, caballero), si la señora Plummer ó la señora Evert se sienten con los dolores, ó si M. Grub vuelve a sufrir otro ataque, que me vayan a buscar al núm. 4, Prospect-Place. Es bueno saber dónde está el médico. ¿Dónde os duele?

—En las orejas.

—¡Diablo! ¡Malo! ¿Desde cuándo?

—Desde que habeis entrado aquí.

—¡Ah! comprendo. ¡Picarillo! murmuró el farmacéutico algo desconcertado. Que repose un poco, señora. Voy a enviar un calmante que tomará en seguida, piladoras para la noche, y un tónico para por la mañana. Si me necesitáis, que me llamen; siempre estoy en casa. Oigo que me llaman, y es Roberto, mi criado. Le conozco por el campanillazo. Abrió, señora. Apuesto diez contra uno a que me viene a buscar para la señora Plummer, a menos que no sea para la señora Evert. Es el noveno hijo que pare en ocho años de matrimonio. Excelente mujer; comercia en frutos coloniales.

Entró un chico, con chaqueta ancha y mangas cortas, azorado y casi sin poder respirar.

—¿Señor... señor Perkins! dijo.

—Aquí estoy. Es la señora Plummer ó la señora Evert, ¿no es cierto?

—No, señor. Es para esa pobre señora que vive en casa del drogista. Está muy mala y han venido a buscarla.

—Sí, sí; ya sé. ¡Pobre señora! ¡Morton! ¡Morton! ¡Muy

El cuerpo de ingenieros de caminos queda reducido a la mitad del personal que hoy cuenta, y a poco mas de la mitad tambien el de ayudantes. Dos clases quedan solamente de estos últimos: comprende la primera con 8.000 rs. de sueldo anual, a los que antes disfrutaban 10 y 12.000, y la segunda con 6.000, a los que tenían 8 y 6.000. Suprimense las indemnizaciones por salida, pero les queda consignado en el nuevo arreglo una fija anual de 4.000 reales para los ingenieros; otra de 2.000 para los ayudantes y 700 para los sobrestantes.

Los inspectores de las juntas consultivas se reducen a la mitad, y se conservan los catedráticos de las escuelas, con obligación de asistir a las juntas. Lo que no se suprime ni se modifica son las inspecciones económico-administrativas, cuyo personal, que no es facultativo, fué nombrado por el Sr. Ruiz Zorrilla.

En instrucción pública hemos oído decir que tambien se hacen grandes economías, indicándose la supresión de algunas universidades; pero de esto, según nuestros informes, no se ha tratado aun en consejo de ministros.

Quedan consignados 10 millones de pesetas para obras públicas.

Tambien se dió cuenta del estado en que se encuentran las antillas y de las contestaciones que ha dado Venezuela a la nota que le pasó el gobierno español, con motivo de la expedición filibustera que desembarcó en Cuba.

Después del consejo con D. Amadeo, los ministros se reunieron a las tres en la secretaría de Estado, donde el general Córdova y el ministro interino de Gracia y Justicia conferenciaron para ponerse de acuerdo sobre las bases de la creación de la nueva Guardia judicial.

Los maestros de escuela preguntan que cuándo se cumple aquella oferta de pagarles sus atrasos que hizo el Sr. Ruiz Zorrilla.

¡Paciencia, señores, paciencia! No se ganó Zamora en una hora, ni cumplir una promesa es tan llano como hacerla. A todo le llegará su tiempo, y entre ese todo, está la liquidación de los atrasos que aun no ha podido hacerse, pero que se hará en cuanto estén definitivamente arregladas las plantillas y personal de los ministerios. Es verdad que como los arreglos se hacen dos ó tres veces al año y duran tanto, apenas dejan lugar para ocuparse de otras cuestiones; sin embargo, parece que lo de ahora será muy permanente, y quizá dentro de cinco ó seis meses, y mas si las instancias de los interesados son vivas, el ministro sucesor del señor Ruiz Zorrilla dedicará su preferente atención a ofrecer dinero a los maestros para cuando haya.

Por el pronto, y para infundirles esperanza, un periódico anuncia que el ministerio de Fomento ha acordado suprimir en el presupuesto de instrucción pública la partida de un millón de reales destinado a auxiliar a los pueblos que construyesen escuelas de nueva planta y en condiciones que la ley determinaba.

Uno de los fundamentos, que los periódicos radicales habrán de tener para aplaudir la supresión de la partida consignada en presupuestos para construcción de escuelas, donde no las haya, será seguramente la esperanza de que el Sr. Ruiz Zorrilla realice la que les hizo concebir de armar en España tantos ó mas nacionales que han tomado parte en el movimiento comunista de Francia, en cuyo caso no hacen falta en los pueblos locales donde se enseña educación y moral, bastando grandes ejidos en que se aprenda el ejercicio y los giros de pies.

Ya hemos dicho que anteayer tarde llegó a Madrid un ayudante del capitán general de Puerto Rico, con pliegos importantes para el gobierno. El viaje lo ha hecho en los vapores franceses. El 22 del mes próximo pasado, día en que salió de

de aquellos que anteponen su interés personal á los sagrados intereses de la madre patria.

Hasta suponen que algunos que creen que el nombre de radicales en Ultramar significa emancipación y autonomía, predicán en este sentido á los hombres de color y á la gente dispuesta siempre á seguir la senda de los aventureros: se dice también que en Ponce han sido incendiadas algunas haciendas, y entre ellas una magnífica del rico propietario Sr. Plaza, es-constituyente; y todas estas noticias producen un malestar y una zozobra que justifican sobradamente la alarma de los buenos españoles.

¿Qué hace, entre tanto, el ministro de Ultramar? Abismado en profundo letargo, solo ha tenido tiempo hasta la fecha para defraudar los deseos del público, que esperaba impaciente el relevo del general Baldrich, que tan mala cuenta da del mando que le está confiado.

Después de acordado el nombramiento del general Gomez Pulido para suceder al Sr. Baldrich, influencias ultra-radicales consiguieron quedarse sin efecto, noticia que anteayer dió *El Imparcial* y ayer confirma *La Constitución* con aire satisfecho, asegurando que por ahora permanecerá al frente de la isla dicha autoridad.

Sobre este interesante asunto dan mucha luz los siguientes párrafos de un periódico ministerial, (hasta cierto punto):

«La continuación del general Baldrich en el gobierno de Puerto-Rico se debe á un cambio de opiniones en los Sres. Zorrilla y Ochoa, quienes pensando mejor han creído que deben ser atendidos los trabajos estos días puestos en juego por los reformistas de aquí, muy necesitados de dar á los de la pequeña Antilla este desagradable, al par que evitaban este consuelo á los que en Cuba prodigan su oro y su sangre por defender la integridad del territorio.

Por otra parte, el Sr. Zorrilla, que ha dicho pública y privadamente lo que todos sabemos sobre la cuestión de Ultramar, para á poco prescindir de sus compromisos y dejar en la situación mas deseada al Sr. Mosquera, necesita acostumbrarse á estas palinodias para cuando llegue la gorda de la nivelación, decir, que mejor informado también, como en el asunto del general Baldrich, bien puede pasarse el presupuesto con déficit y seguir las cosas poco mas ó menos que como venían estando.

El Sr. Zorrilla es un hombre de firmeza y de consecuencia, y sobre todo, al Sr. Ruiz Zorrilla le gustan por lo visto mas los plácemes de los reformistas de Puerto-Rico que los avisos juiciosos de los hombres prudentes y previos.

Enhorabuena al presidente del gobierno.»

Ayer recibimos los siguientes despachos de la Agencia Fabra:

Nueva-York, 11.—Según telegrama de la Habana han sido fusilados en Santiago de Cuba los jefes insurrectos, Quesada y Figueroa.

Londres 11, tarde.

Hoy se han cotizado en la Bolsa:

Consolidados ingleses, á 93 1/2

3 por 100 francés, á 55.

3 por 100 español, á 32.

Paris, 12.—Es probable que hoy al abrirse la sesión de la Asamblea sea presentada la proposición prorrogando los poderes del Sr. Thiers.

Asegúrase que el Sr. Thiers pedirá que se declare urgente.

Corre el rumor de que el Sr. de Larcy ha presentado su dimisión.

El Sr. Thiers ha asistido ayer á la reunión de la comisión para la reorganización del ejército.

La comisión insiste en la disolución inmediata de la guardia nacional.

SECCION DE NOTICIAS.

Ayer ocurrió un lamentable accidente en el ferrocarril del Norte. Dos trenes han chocado en las estruendosas circunstancias siguientes:

«El tren expres que salió de Villalba á las siete y doce de la mañana de hoy, dentro del kilómetro 33, tuvo que detener su marcha por haberse atravesado en el camino un buque, que fue al fin cogido por la máquina. Ocupados el maquinista, fogonero y empleados del tren en retirar la res muerta, mandaron hacer señas al tren correo que venía á retaguardia del expres, y, bien sea que el encargado de este servicio no lo verificase con la celeridad que correspondía en lance tan apurado, ó que el maquinista del tren correo no hubiese podido detener el impulso de la locomotora, fué este á chocar con el tren detenido, produciendo la mas espantosa confusión entre los pasajeros, que veían una muerte cercana y casi inevitable, por haber tenido lugar el choque en el callejón formado por dos montañas.

La conmoción fué horrible; pero su resultado menos funesto de lo que se podía esperar. Todos ó casi todos los wagones quedaron destruidos, y algunos embutidos en otros.

Sobre 30 heridos, mas ó menos leves, ha habido, entre ellos doña Carlota Ballarna, con fractura en un brazo y una pierna; la señora de Alambra, las señoras Tejada, Alonso Martínez, D. Justo Sáez, señora de Garro, señora Aurelia Ferrer, señoras de Castro y de Lopez, D. Andrés Rabanque y el Sr. Hernandez Lopez.

El duque de la Torre, que hacia un segundo habia dejado el wagon donde venia acompañado de varios amigos sufrió también una leve contusión en un pie.

Avísada por telegrama la estación de Madrid, y habiendo tenido lugar el choque á las siete y veinte minutos, hasta las diez y media no recibieron wagones ni auxilios los pasajeros y heridos. El maquinista del tren expres, núm. 10, se condujo con imperturbable serenidad, habiendo dado todas las señas fijadas por reglamento y cumplido con su deber, mereciendo los elogios de los pasajeros.

Es indispensable una averiguación sobre los causantes de esta catástrofe, y que la empresa del ferrocarril del Norte despliegue el mayor celo en la conducción y seguridad de sus pasajeros.

El directorio del partido republicano federal se ha dirigido con fecha 6 á los comités de provincias, remitiéndoles las bases de reorganización acordadas por la Asamblea, y la instrucción de dicho centro para ponerlas en práctica.

Todos los comités y juntas provinciales, de distrito y locales, que se hayan elegido antes de 1.º de Marzo de 1871, deben ser renovados, como así bien los elegidos después de esta fecha que no lo hayan sido con las condiciones determinadas en las bases de organización acordadas en 1871.

El partido republicano-democrático-federal adoptará y ejecutará sus acuerdos por medio de una Asamblea, un directorio, un comité provincial correspondiente á cada una de las actuales provincias y los comités locales ó municipales.

Desde el día 17 del corriente hasta el 31 inclusive, se facilitarán en la secretaría general de la Universidad Central, las hojas impresas que los alumnos deberán presentar en la misma durante el citado plazo solicitando.

do el examen de las asignaturas de que deseen verificarlo.

Los aspirantes á ingreso en la escuela especial de Agricultura, presentarán las solicitudes en la secretaría de la misma desde hoy 11 hasta el 31 inclusive, acompañando las certificaciones en que conste haber sido aprobados de las materias detalladas en la orden de 24 de Octubre de 1868.

Los que no presenten dichas certificaciones, podrán ingresar sujetándose á examen.

Se ha mandado que el jefe del cuarto militar de don Amado designe el brigadier ayudante de este que ha de asumir el mando de armas de las compañías de la guardia real, encomendándosele además la formación del reglamento porque ha de regirse el servicio interior de las mismas compañías.

Desde el día 20 del corriente mes de Agosto se suspende hasta nueva orden la admisión en la casa de moneda de Madrid de pastas de plata procedentes del extranjero ó de los establecimientos de afinación del reino.

Por el letrado defensor de D. José María Pastor, que lo es el jurisconsulto Sr. Adame y Muñoz, se ha presentado escrito en la causa sobre asesinato del general Prim, recusando al juez Sr. Fernandez Victorio.

Parece que el Sr. D. Bernardo Iglesias, gobernador civil de Barcelona, ha anunciado su dimisión.

El día 25 del actual, á las dos de la tarde, tendrá lugar en la dirección general de Beneficencia el acto de subasta para el suministro de pan á los hospitales de Nuestra Señora del Cíen, de Jesús Nazareno y la Princesa, que durante un año necesitan para su consumo.

El 23 siguiente se verificará la respectiva al suministro de carnes para los mismos establecimientos.

A consecuencia de la reforma hecha en la planta del personal de auxiliares de las inspecciones de Hacienda, ha sido nombrado auxiliar jefe del negociado de primera clase, D. Ingenuo de la Portilla, cesante de 1866; confirmado en igual destino D. Balbino Enrique, y confirmados también como jefes de negociado de segunda clase los Sres. De Diego y Caro.

Han sido nombrados: jefe de negociado de tercera clase de las inspecciones de Hacienda, el Sr. Vega Ortiz; y oficial primero el Sr. Zanón.

Parece que están ya formados los cuadros de las compañías que han de actuar el próximo invierno en los teatros de Madrid.

Ya se ha remitido á provincias el arreglo hecho recientemente en el personal de gobiernos civiles, y ya debe estar terminado el de secretarios de los mismos.

Por el arreglo de la planta de las inspecciones de Hacienda han quedado cesantes siete auxiliares de las mismas.

D. Calisto Bordonada, oficial primero del gobierno de Madrid, ha sido trasladado con igual destino á Zaragoza. Al gobierno de Madrid, ha sido destinado el oficial segundo de Avila, D. Baldomero Jimenez Marron.

Ha sido trasladado á Málaga de secretario del gobierno civil, el Sr. Diaz Conde, que estaba en Alicante; y el Sr. Góngora, de Gerona, pasa con igual destino de secretario á Cádiz.

Para la vacante de oficial primero que ha resultado en el tribunal de clases pasivas, por ascenso del Sr. Lozano, ha sido nombrado el Sr. San Pedro, que era el oficial de la clase de segundos mas antiguos de dicha dependencia.

Los obreros de las cuatro fábricas de tejidos de Villanueva y Geltrú se han declarado en huelga, en cumplimiento de órdenes de la Interoaccional.

Laisssez faire; laisssez passer, dirán los radicales.

Informes fidedignos, dice un diario ministerial, nos permiten asegurar que el señor ministro de la Guerra no tocará á los sueldos del personal para llevar á cabo las economías que se propone introducir en el ramo de Guerra.

Ya lo suponíamos nosotros.

Se ha concedido la gran cruz de San Hermenegildo á los brigadieres D. José de Lara, D. Juan de Dios Diaz Morales, D. Anacleto Pastors, D. Fernando de Arce y Villapando, D. Gonzalo Villalta, D. Pedro Talens, don Manuel de la Puente, D. Francisco Javier Oscariz y don Vicente Capitan y Garcia.

Se ha solicitado del ministerio de Hacienda la cesión al ramo de guerra del cuartel de Guardias de Corps de San Ildefonso.

Se ha dispuesto que durante la enfermedad del brigadier Sr. Gonzalez Vega, que desempeñaba interinamente la inspección general de Carabineros, se encargue del despacho de la misma el coronel D. Pedro Quintana.

El Sr. D. Blas Pierrat ha sido elegido diputado á Cortes por el quinto distrito de Barcelona, y el Chie de las Barraquetas por el de San Felix de Llobregat.

Se han dado las órdenes oportunas para que por la dirección de artillería se complete y uniforme el armamento de los voluntarios de la libertad.

¿Peligra la idem?

Parece que hay en Madrid un telegrama de Calcuta, en el cual se da la noticia de que los consules de España en China oponen reparos para autorizar las contrataciones de los chinos que el Sr. Zulueta tiene dispuestos allí para hacer con ellos la inmigración en Cuba, de cuyo proyecto han hablado varios de nuestros colegas.

La cuestión de chinos va presentando interesantes peripecias, que la prensa debe seguir con atención.

SECCION DE PROVINCIAS

Un distinguido amigo nuestro nos dirige la siguiente carta:

Gijón, 9 de Agosto de 1871.

Sr. Director de EL ECO DE ESPAÑA.

Muy señor mío y amigo: Cuando me disponía á dar á V. cuenta de las fiestas que se preparaban para celebrar el 15 del presente el día de la Virgen, de las que formaba parte principal un gran baile dado por el casino Gijonés, me sorprendió ayer al anochecer un horrible incendio que acabó con el mencionado casino, con la espantosa fonda de la Iberia y con los demás edificios de la misma manzana, entre los cuales se hallaba una tienda de petróleo, aguardientes y otras materias inflamables que fueron los que dieron lugar al incendio por el des-

cuido de una mujer que vendía una cantidad de aquel aceite mineral.

El efecto del incendio fué instantáneo, y á tal grado, que casi ninguno de los forasteros alojados en la fonda pudo salvar su equipaje; pero afortunadamente no hubo desgracias personales que deplorar. El gobernador de la provincia, que se hallaba accidentalmente aquí, acudió pronto al lugar del siniestro, adonde fué acompañado por las demás autoridades y muchos particulares que nos pusimos á su disposición; pero como no hay nada preparado para casos semejantes, poco, muy poco se pudo hacer, limitándose tan solo á impedir la propagación del incendio. Esto se logró por lo sereno del tiempo, pues á haber habido viento pudo haberse comunicado el fuego á los próximos buques de la playa. Llevamos cerca de 20 horas de fuego y todavía no se apagó, á pesar de que apenas quedaban mas que las paredes.

Una de las personas que perdió todo su equipaje, ha sido el promotor de este juzgado, Sr. Varela de Limia, que habita en la fonda, y que trató en vano de salvar, en medio ya del fuego, los objetos de la fiscalía antes que los que le eran propios.

¿Estará destinado el petróleo á ser el demonio material de la sociedad moderna? ¿Hasta cuándo se le dará franca morada en las poblaciones? Y las sociedades de seguros, ¿podrán organizar el servicio de incendios, allí donde tienen intereses de importancia que conservar? La llamada *La Urbana* parece ser la que está llamada á resarir este siniestro; estaré á la mira y participaré á V. hasta qué punto cumple sus obligaciones; ya que las autoridades y la población en general, así como los asegurados, han cumplido las suyas.

NOTICIAS DE FILIPINAS.

Hemos recibido el correo de Filipinas que alcanza al 16 de Junio. Las noticias mas interesantes son las siguientes:

El 5 de dicho mes llegaron á Manila en el vapor *Patillo*, procedentes de Europa, el brigadier de artillería don Carlos Pavía, el comandante capitán de caballería don César Tournelle, varios oficiales de guerra y marina, y el conocido escritor de esta capital D. Lorenzo Pajol y Bonda.

El *Porvenir Filipino* felicita á nuestro paisano don Francisco de Mas y Otzet, alcalde mayor de la provincia de Batán, por la distinción de que ha sido objeto por el gobierno superior, por el celo é inteligencia con que ha interpretado y cumplido las disposiciones dictadas recientemente para mejorar y propagar la educación de la niñez.

El mismo periódico publica los siguientes párrafos en el epígrafe de «Escándalo marítimo», en que se dan mas detalles de los ya publicados sobre el ataque de la barca *Shanghai*:

«Hemos visto una carta de Hong-Kong en que se relata el suceso de que el buque de esta matrícula la *Shanghai* ha sido abordado á las ocho de la noche del 22 de Mayo último, por unos cien piratas chinos muy cerca de aquel puerto, llevándose estos cuanto encontraron en la cámara y algunos bultos del cargamento, destruyendo todo lo demás que no pudieron trasladar á los tres grandes champagne que venían. La tripulación de la *Shanghai* sostuvo el fuego con los piratas largo tiempo, hasta que vista la imposibilidad de evitar un abordaje, el capitán, el piloto y los dos agregados echaron al agua el bote con la mala fortuna de que este se volcase, hallándose con este motivo precisados á permanecer toda la noche sobre su quilla.

A la mañana siguiente fueron salvados por el bote de un práctico, regresando al buque que estaba á alguna distancia sin gobierno, pues los piratas lo habían abandonado al aproximarse una fragata americana. Aunque el buque sufrió algo en la parte de su velamen por las balas de los piratas, el capitán continuó en él su viaje para esta.»

A las amenazas de la diputación al ayuntamiento de Valencia para obligarle á pagar la parte que le correspondía en el presupuesto provincial, han sucedido las obras. Ayer, dice *Las Provincias* del jueves, se presentó en la secretaría del municipio un sujeto que, según manifestó, era el comisionado de apremio designado por la diputación para intervenir la recaudación municipal, con el objeto de incautarse de una mitad de los fondos que ingresasen, para remesarlos á la caja de la provincia, á cuenta de lo que se le adeuda.

El presidente interino del ayuntamiento, D. Pedro Vidal, dispuso al comisionado manifestándole que no reconocía en la diputación autoridad para intervenir la recaudación municipal, y que por lo tanto tampoco podía reconocerse en él, como cumplimentador de aquella disposición.

El martes ocurrió una sensible desgracia en Valencia.

«Un muchacho de unos 18 años, pordiosero de los que concurren á las puertas de los cuarteles á recoger el sobrante del rancho de las tropas, al pasar el lunes por frente á la capitanía general, hirió una cabrita que andaba suelta por allí, de la pertenencia del Excmo. señor segundo cabo, y marchó con ella por el camino del Grao, sin duda con animo de venderla porque la cabra se escapó y regresó á esta ciudad, metiéndose en un patio de la plaza de Tetuan. Este último pormenor lo ignoraba el dueño; así es que con el deseo de recobrar su cabra, después de haber descubierto al ladrón, dispuso que un dependiente ó asistente suyo le acompañara para que le designase el punto donde la hubiese dejado ó vendido, y la recobrase pagando en este último caso el precio de la venta, saltando después al muchacho. Este, no se sabe por qué, cayó la verdad de lo ocurrido, y en vez de confesar que la cabra se le habia escapado, dijo que la habia dejado en una casa, designando varias del camino del Grao, en todas las cuales se desmentía la aseveración. Así continuaron ambos hasta llegar al mar, en donde volvió á manifestar el muchacho que la habia dejado en una casa junto á un almacén; pero al llegar á este punto se arrojó repentinamente al mar, donde pereció ahogado, á pesar de los muchos esfuerzos que se hicieron para salvarle.»

Leemos en un diario de Huesca:

«Nos escriben de Piedramorera, pueblo inmediato á la villa de Ayerbe, que dias pasados mataron una paloma que creemos con algun fundamento fuera mensajera del sitio de París.

Estando en el campo unos labradores vieron que andando se acercaba á distancia de dos metros; el tiempo estaba tempestuoso, y el inocente animal despreciando las piedras que le tiraban, se acercaba mas hasta que herida gravemente fué cogida por los labradores.

Una vez en sus manos observaron los variados y brillantes colores que cubrian su plumaje, el brillo era primoroso, y después de comerla me trageron las plumas que guardo en mi poder.

Yo quedé sorprendido al observar tanta variedad de figuras y colores y al momento conocí que todo el campo de cada una de sus plumas estaba litografiado, de manera que sus alas eran un libro.

La primera pluma del ala derecha lleva las inscripciones siguientes que se leen perfectamente en esta forma:

164. DU-10 DERATION VAYONEC SDC A FCMALC

PR-10 ARIAGE

Por este están todas, pero los labradores que mataron la paloma no sabían leer y dicen que la puchu-

ga estaba llena de círculos muy bonitos, hermosos en extremo, y es en mi concepto que la tinta de la litografía es de colores muy vivos para resistir al agua y no mojarse la paloma.

No quiero dar mas detalles por no ser pesado, baste decir que no podría caber en un pliego de papel lo que estaba escrito en las plumas.»

Con fecha 10 escriben de Cádiz:

«Ayer han entrado en este puerto las fragatas «Villa de Madrid» y «Numancia» que, con la «Mendez Nuñez» y la goleta «Ligera» que entraron antes de anoche, forman la escuadra del Mediterráneo.»

La Palma de Cádiz del 9 publica lo siguiente:

«Los rifenños han cometido un atentado con la tripulación de un falucho delante de las costas de los presidios menores de Africa.

Estando D. Gregorio Gallego, vecino del Peñon, á bordo del falucho «Ntra. Sra. de la Cinta», con su patron D. Francisco Duran y los individuos de la tripulación inmediato á la playa de Higuero, partido de Bocoña, esperando los efectos con que habian de completar el cargo de dicho buque, para los cuales les habia anticipado una cantidad de consideración á los moros Bar-mi, padre é hijo, Aidé y Jamú, así como varios sacos para el envase de granos, salieron de emboscada en la playa y monte inmediato multitud de moros armados, rompiendo un nutrido fuego sobre la embarcación y su lancha, que venia de hacer agua, poniendo á los navegantes en el mas inminente peligro.

El objeto de los rifenños era matar á los de la lancha y con auxilio de la misma apoderarse del falucho, donde contaban con el apoyo de cuatro moros armados de escopetas, quienes, sabiendo que en el barco habia algun dinero, se pusieron de acuerdo, sin duda, con los de la costa para cometer un nuevo acto de la ferocidad que les distingue.

La situación del buque se hacia cada vez mas difícil por no permitirle el nutrido fuego que recibia levar ancla; pero acudieron D. José Tizon, D. Gaspar Garcia y D. José Garcia, su hijo, vecinos del Peñon, que se hallaban pescando, quienes, viendo el peligro que corrían aquellos desgraciados, fueron en su auxilio despreciando las balas y consiguiendo ayudarles á cortar la cadena del ancla, evitando con esa acción y su presencia que los cuatro moros que estaban á bordo rindieran á la tripulación desarmada y á quienes hicieron desalojar el barco trasladándose á la playa.

En vano enarbó el falucho la bandera nacional, pues lejos de respetarla continuaron haciendo disparos.

El *Progreso* de Granada del 10 hace la siguiente aclaración acerca del robo intentado en el gobierno civil de aquella capital, cuya noticia publicamos en nuestro número anterior:

«No eran las habitaciones del señor gobernador, como equivocadamente digimos ayer, sino la caja de fondos de la provincia, el objeto del golpe de mano intentado por varios tomadores de lo ageno en la noche del lunes. El descubrimiento de este arriesgado proyecto y la prisión de los que debían realizarlo se deben á la eficacia y celo del inspector de orden público D. Calisto Soler, quien en esta, como en otras muchas ocasiones, ha prestado un servicio muy recomendable. Parece que entre los detenidos, que se introdujeron en el gobierno de provincia aprovechando la circunstancia de hallar franca la puerta que dejaron abierta los mozos del telégrafo, se encuentra un sujeto reclamado por complicidad en el robo frustrado de la calle de Recogidas.»

Leemos en el *Diario* de Córdoba del jueves:

«En la gran fábrica de fundición del arroyo de las Piedras ha ocurrido ayer una desgracia. Se practicaban algunas obras cuando se vino abajo la armadura y parte de los muros de una de las naves donde están los principales talleres. Se calculan las pérdidas en muchos miles de reales. Afortunadamente no hubo desgracia alguna personal.»

En la mañana del miércoles salió de Barcelona en el tren de Zaragoza acompañado de su familia el capitán general Sr. Gamunde, que se dirigió á las provincias Vascongadas á buscar en las aguas termales alivio á sus dolencias.

Aunque los diarios de Barcelona nada dicen, suponemos se habrá encargado del mando de la capitanía general el segundo cabo.

Leemos en *El Tarraconense* del 9:

«Parece que entre una gran parte de nuestra municipalidad, se agita la idea de presentar la dimisión, en vista de los obstáculos que á su gestión administrativa y económica opone la superioridad. Con este objeto, parece que celebraron ayer una reunión.

Según los anuncios fijados al público, ayer noche debió reunirse el partido republicano federal de esta ciudad.

Anteayer ocurrió una muy sensible desgracia en el pueblo de Tivenys. Un labrador de aquella vecindad, llevado de un noble sentimiento, se arrojó al Ebro con el objeto de salvar á una niña de corta edad que, arrastrada por las aguas, pedía socorro. Consiguio su objeto, pero con tan mala suerte, que después de haber salvado á la niña, no pudo salvarse él, que pereció víctima de su abnegación y arrojo.

Desgraciadamente ha fallecido en Cádiz el acróbata Sr. Onzalá á consecuencia de la terrible caída que, según digimos ayer, sufrió en aquella ciudad en la tarde del domingo próximo pasado.

No deja de tener gracia el siguiente párrafo que tomamos de *La Palma* de Cádiz:

«Situación de fuerza.—A los que niegan fuerza y energía á la situación, debemos decir que los Sres. Coronel y Ortiz y Ferrer del Rio han sido movidos en el arreglo que de sus respectivos ministerios han hecho los señores ministros de Gracia y Justicia y Gobernación.

Conviene advertir que de estos dos señores cesantes, el que menos pesa 14 arrobas. ¡Qué alivio para el presupuesto!

De Viana (Oronse) escriben:

«El municipio y la Asamblea han suprimido la escuela de niñas de esta villa, y diez escuelas en los varios pueblos del distrito, así como la beneficencia, guardas de montes, faros, sereno, etc., etc. En cambio, al secretario le ascendieron el sueldo, y ya tiene cada año 7.000 rs. y un auxiliar.»

Ha llegado á Lugo el excelentísimo é ilustrísimo señor obispo de la Habana. Probablemente predicará en aquella santa iglesia catedral el próximo día de la Asunción.

VARIEDADES.

CARTAS DE NINO.

SUMARIO.

Los Pirineos.—Bagneres de Luchon; sus aguas; método de vida.—El juego en España.—El Sr. Baron de Nervo; sus obras; su buen juicio sobre España.

Habiendo entretenido á los lectores de EL ECO

DE ESPAÑA breve y sumariamente de las *delicias* de Aguas Buenas, sus efectos y su situación, y la vida que traen aquí enfermos y sanos, me permito hoy abandonar estos lugares y hablar un poco de Bagneres de Luchon, la reina de los Pirineos, como la llaman á la vez sus habitantes y los médicos que allí residen, y no les falta razón.

Bagneres de Luchon es una población de 3.000 habitantes, situada en un valle precioso, rodeado de altas montañas que separan la Francia de la España.

Como la población es grande, con relacion á todas las demás que están situadas en esta parte de los Pirineos, hay mayor comodidad para los viajeros: el número de hoteles de primera clase y de casas para huéspedes es extraordinario, pudiendo decirse que todas las casas se alquilan para mayor comodidad de los forasteros, pues así se encuentran habitaciones y pupiles para todas las fortunas. Así y todo, este año han llegado á faltar albergues para los viajeros. Tan escaseo es el número de los que han acudido, y la colonia española es mayor también que en los años anteriores.

Las aguas termales sulfurosas y ferruginosas, son también aquí mas abundantes que en ningún otro punto de los Pirineos.

Esta abundancia de aguas de diversas fuentes tiene á mi juicio sus inconvenientes, ya porque es difícil que ningún facultativo del mundo pueda adivinar al primer golpe de vista que aguas son las mas apropiadas para los diversos enfermos que vienen á buscar alivio á sus males, ya también, porque pueden mezclarse, en casos de apuro, unas aguas con otras; pero en fin, la gente bebe con afán y con fé y la fé salva. Los médicos para evitar tropiezos y dificultades recetan baños suaves al principio y si los suaves no prueban entonces hacen variar y los enfermos se mojan el cuerpo en agua ó mas caliente, ó mas sulfurosa.

Para esparcimiento de sanos y enfermos hay en Luchon una temperatura agradable, mas bien fresca que calorosa. Lluve la mayor parte de los días. Por la tarde y la noche toca una música en frente del establecimiento, y entretiene á los pasantes. Luchon carece de un casino, donde reunirse por las noches los forasteros y esto es un grandísimo inconveniente, pues como las lluvias son tan frecuentes, las noches se hacen eternas, y á las diez, todo el mundo está acostado. El ayuntamiento promete todos los años esta mejora, pero de un año á otro se va dilatando y no llega á realizarse. Se parecen las promesas del ayuntamiento de Luchon á programas de ministros progresistas.

Las expediciones á la Montaña, á la Frontera de España, al Hospital, á la Vallée du Lys, son sumamente agradables. El país, es bellissimo y accidentado. En todas partes se encuentran casitas y hospederías donde tomar un refrigerio.

Este año las expediciones hasta dentro del territorio español han sido las mas frecuentadas y las mas peligrosas. La explicación es fácil aunque desagradable. En tres pueblos de España próximos á esta frontera se juega á la ruleta y á todo lo que hay que jugar. Estos tres pueblecitos son: Lés-Pont-du-Roi (así lo leo escrito) y Bossot. Los anuncios dicen que hay bailes españoles y *otros diversiones*. Los bailes y las diversiones se reducen á tirar de la oreja á Jorge, ni mas ni menos. Para mayor celebridad se añade en algunos prospectos que se encontrarán las mismas diversiones que en San Sebastian. Como aquí vienen muchos enfermos con enfermedades de la piel, se dejan arrastrar fácilmente en el juego, y algunos, ya que no en los baños calientes, dejan la piel en Lés y Bossot. Para ir y venir se tardan seis horas; pero se han puesto mas de cuarenta carretelas y landós á cuatro caballos, de manera que á estas gentes si las lleva el diablo las lleva en coche. Escuso añadir que al olor del juego, y no del aznfre de las aguas, han venido este año á Luchon gran número de mujeres del *medio mundo*, como aquí las llaman, jóvenes bonitas y elegantes, de manera que entre el juego y esta casta de mujeres, salen los enfermos y los sanos como nuevos, y sobre todo muy aligerados de peso.

Entre las familias españolas que aquí se encuentran, recuerdo ahora los marqueses de Faneville, de Vinent, el Sr. Velasco y su señora, la familia del Sr. Finart, la señora de Riquelme, la de Baquer, los hijos de D. Gonzalo Segovia, los Sres. Larios don Martin y D. Carlos, con sus familias, los condes de la Corte, los Sres. Esteban Collantes, Hurtado, un hijo del marqués de Senmanat, el médico Sr. Camison, la familia de Erazu y Goyena, y otros muchos que es difícil retener en la memoria. La colonia española no sale de estos santos lugares para regresar á su país por la montaña de Lés, sino que regresarán por el camino de hierro. Los españoles están todos muy unidos y se reservan hablar de política para cuando vuelvan á España.

II.

Voy á ocuparme de otro asunto mas importante bajo otro punto de vista.

Entre los franceses que conocen á España sin exageraciones, que la estiman en lo que vale, que la admiran sin adulación ni lisonja, y que se han dedicado á estudiar seriamente nuestras leyes, nuestras costumbres y nuestra manera de ser, es preciso contar hoy, en rigor de justicia, al señor baron de Nervo, persona de grandes conocimientos, hombre de gran mundo, esquisita educación, finos modales, joven

este libro precioso, bien escrito, los recuerdos de España ocupan la cuarta parte. Y aquí es donde se conoce al hombre imparcial y recto. No hay en las descripciones de la sociedad de Madrid, Granada y Málaga, en cuyos puntos principalmente habita el barón de Nervo, no hay exageración, relaciones grotescas *ad usum* de Gautier y Dumas.

Hay verdad, observaciones muy oportunas, juicios críticos muy sensatos y conocimiento del país. Algunas páginas pueden servir de guía instructiva al viajero, nacional o extranjero, para conocer nuestros museos y los objetos de arte y los monumentos que encierra nuestra patria. En medio de la pasión, las preocupaciones y la ignorancia con que somos tratados generalmente por los extranjeros que nos visitan, es grato recordar las bellas páginas que nos ha dedicado el señor barón de Nervo, y es justo hacer públicos estos rasgos de imparcialidad, felicitando a su autor, y dándole públicamente las gracias por sus recuerdos y por su historia.

También ha escrito el señor barón de Nervo otras obras de grande interés para su patria, como son: *La Hacienda comparada entre Francia e Inglaterra*, *La Hacienda francesa bajo la antigua monarquía, el consulado y el imperio*, *La Hacienda bajo la Restauración*, *El conde de Corvetto, su vida, su tiempo, su ministerio*. Todo lo cual prueba la instrucción poco común de este escritor, que ha hecho justicia a los españoles.

El señor barón de Nervo era tesoro general antes de la guerra y de la revolución que tantos estragos ha hecho en Francia, y ha hecho división de este importante destino.

Otro día con mas espacio nos ocuparemos mas estensamente de sus obras, que bien lo merecen por muchos títulos.

NINO.

ACION EXTRANJERA

CONSEJOS DE GUERRA DE VERSALLES.

Ferré, el incendiario de la prefectura de policía, el asesino de los rehenes, el ave de rapina que se cernió sobre la capital de Francia como en un mal sueño, ha tenido la triste gloria de ocupar el primer interrogatorio del consejo de guerra, en la audiencia del día 9. Ya hemos dicho el descaro y cinismo, no exento de valor y firmeza, con que, lejos de atenuar los gravísimos cargos que pesan sobre él, como individuo de la Commune, aceptó toda la responsabilidad de la insurrección e hizo su apología. Ahora le veremos debatirse contra las preguntas del tribunal y las declaraciones de los testigos.

El escribano de lectura de la acusación de Ferré, el señor presidente le dio el segundo interrogatorio de este acusado, y dice así:

El señor presidente.—En los folios aparece una carta sin firma, que contiene noticias sobre vos. ¿Queréis responder a ella?

Ferré.—De ninguna manera.

El señor presidente.—Aquí tenéis un autógrafo firmado por vos: «4.ª prairial, año 79. Ciudadano Lucay, incendiario de la Hacienda, y venid a reuniros con nosotros.» ¿Queréis responder?

Ferré.—Permitidme hacer algunas observaciones. He declarado que es falso ese documento. El Sr. de Loverdo, juez de instrucción, lo ha hecho entonces reconocer, como era natural por un perito, que ha declarado que sí era mío, y que solo había intentado desfigurar mi firma.

Os doy mi palabra de que ese documento es falso. Es cuanto tengo que decir. No quiero responder a mas. Por otra parte, aun admitiendo que yo hubiese dado esa orden, la habría escrito en lenguaje menos claro y en el papel que tenía a mi disposición, en papel con membrete oficial. Es indigno que los jueces hayan dejado ese documento en los folios, y que los periódicos se hayan servido de él para calumniar.

El señor presidente.—Pero entonces, ¿con qué interés había de haberse cogido ese documento sobre el cadáver de un hombre? ¿Por qué se habría formado un sumario sobre ello?

Ferré.—He visto ese documento en la *liberté*; en seguida he pensado que la policía había sido engañada.

¿Por quién? Eso es lo que no sé.

A uno de mis amigos, un tal Lacome, que se hallaba aquí, es a quien he escrito. Esa carta obra en los folios, y es la única que sé si mia; ha debido servir de modelo para hacer el documento en cuestión. Creo que sus autores deben ser agentes de policía que tengan resentimientos personales contra mí. Los agentes de ahora son los que había en tiempo del imperio, casi todos al menos.

El señor presidente.—Aquí aparece una orden vuestra mandando dejar salir a varios gendarmes y agentes de policía.

Ferré.—Siempre tenemos la misma. Las indagaciones judiciales no van nunca hasta el fondo de los documentos. Es una orden mandando poner en libertad.

El señor presidente.—Hay otra orden que habla de poner en libertad, es cierto; pero no es esta.

Ferré.—Poner en libertad o dejar salir, ¿no es una misma cosa? Tengo que protestar contra esas insinuaciones. Además, no se me ha confrontado con los testigos que van a ser oídos; me parece, sin embargo, que ese era el deber del juez, aparte de que yo no habría dado otra respuesta que la que ya dije; pero me parece que por ahí debiera haberse comenzado.

El señor presidente.—Haced entrar al primer testigo.

Valentin, mozo de oficina en el palacio de Justicia.

P.—¿Qué sabeis del incendio del Palacio de Justicia?

¿Estabais allí de mozo de oficina?

R.—Sí, señor.

P.—¿Reconocéis al acusado Ferré?

R.—Perfectamente.

P.—¿No sabeis nada de particular?

R.—No, señor presidente.

Apenas llegó a nuestros oídos la respuesta del testigo. Un abogado declara no haber oído una sola palabra. Y, en efecto, el ruido incesante producido por idas y venidas y los movimientos militares de los cuarteles que rodean la sala de audiencia, acaban por impedir completamente que sean oídas las palabras del presidente y de los testigos.

Habiéndose restablecido algun tanto el silencio, conseguimos oír el conjunto de las siguientes declaraciones:

La mujer Campagne, que habita en el palacio de Justicia, cree reconocer en Ferré al que daba las órdenes el día del incendio.

Lacord, cerrajero.—He encontrado a Ferré el día del incendio. Me dijo que me fuera; yo le contesté: «Vais a pegar fuego al palacio, pero todo mi mobiliario está ahí, así como el de mi familia.» Era el micrófono.

Delarue, perito en caracteres de letra.—He sido llamado para examinar la letra de la orden atribuida a Ferré; la letra está forzada, torcida; la firma no es natural, se ha procurado hacer la letra derecha; en resumen, Ferré ha procurado disfrazar su letra, pero no lo ha conseguido.

El testigo entra en largas explicaciones sobre el carácter de esta letra. (Sonrisas de negativa de Ferré). Esa misma letra, dijo el perito, revela la naturaleza, el temperamento de su autor.

Ferré.—¿De modo que el testigo me conoce bien, mejor aun que yo?

El señor presidente.—El testigo es perito en escritura; tiene costumbre de examinar clases de letra. Además hubiera sido preciso una mano bien hábil para imitar hasta ese punto una letra.

El señor presidente hace leer el dictamen del perito, que concluye declarando que con seguridad es Ferré quien ha escrito la orden que se le atribuye.

Ferré.—Que se confronte la firma de esa orden con las mías que figuran en otras y se verá que no se parecen.

Regeant, sub-brigadier del depósito de la prefectura de policía.—Yo avisé a Ferré que la prefectura de policía estaba ardiendo, en el momento en que se extraía a Veyssat. Ferré me dijo: «¿Quién os ha dicho eso? Yo le contesté: «Los guardias nacionales;» reponiendo él: «Los guardias nacionales son unos idiotas.»

Ferré.—El testigo pertenece al personal de la antigua prefectura de policía que respetamos en sus puestos, así como el personal de carceleros. Es natural que procuren hoy reconquistar el favor del poder a que no sirven desde el 18 de Marzo. Esta observación es general.

Bigeant, consejero del tribunal de casación.

P.—¿Visteis a Ferré cuando estaba en la prefectura de policía?

R.—Sí; le reconocí perfectamente.

Ferré.—No es extraño. Me vio en el alto tribunal de Blois.

Pedro Rigaud, sub-brigadier de la prefectura de policía, declara reconocer a Ferré: él fué quien daba órdenes en los momentos en que las llamas consumían el palacio de Justicia y la prefectura de policía.

P.—¿Estabais allí en el momento del incendio?

R.—Sí.

El comisario del gobierno.—El testigo no ha prestado juramento.

Marchant.—Pido testimonio de este hecho.

El presidente.—Se llenara esa formalidad.

El testigo presta juramento y continúa su deposición.

El comisario del gobierno.—Cuando visteis entrar a Ferré en la prefectura para prender fuego, ¿estaba armado? ¿Lo estaban los hombres que le acompañaban?

R.—Algunos llevaban puñales.

Ferré.—Debo hacer presente que el testigo es empleado del gobierno, y que, por lo tanto, debe declarar en cierto sentido.

Verguier, vigilante del depósito.

P.—¿Teneis detalles del asesinato de Veyssat?

R.—Vi a Ferré al frente de los guardias nacionales que le ejecutaron.

P.—¿Los mandaba?

R.—Recuerdo haberle oído dar algunas órdenes.

Ferré.—Deseo que diga el testigo el traje que vestía.

R.—Traje de oficial con peti encarnado y sable.

P.—¿Lo visteis dar algo a los que debían fusilar a Veyssat?

R.—No, señor presidente.

P.—¿Habeis sido muy expedito en vuestra deposición.

El comisario del gobierno.—En efecto, dijo haber visto a Ferré entregar varias monedas de cinco francos a los que formaban el peloton.

Desserey, guarda del depósito de la prefectura de policía.—Yo fui nombrado para sacar a Veyssat del depósito; el peloton le esperaba, fué fusilado en el muelle de Orfèvres; Ferré seguía al peloton. No sé si le dió órdenes y dinero, pero sí que habló a Veyssat, aunque ignoro lo que le dijo.

El comisario del gobierno.—No lo ignorais porque consta en vuestra declaración. Repetida ahora: ¿a la Justicia se le debe decir la verdad.

R.—Repito que no sé lo que le dijo. Los hombres que formaban el peloton no eran guardias nacionales; pertenecían al cuerpo llamado *Vengadores de Flourens*.

El presidente.—Se va a leer vuestra declaración escrita. «Ferré, habeis dicho, habló a Veyssat, le enseñó una orden que tenía en la mano, con la otra señaló al peloton, rompiendo bruscamente el diálogo.» ¿Es verdad todo esto?

R.—Sí. Había en el peloton un individuo que fué llevado al depósito con Veyssat. No puedo decir si Ferré iba armado. Durante el incendio de la prefectura vi entrar y salir de ella a Ferré.

Margarita Forci.

P.—Fuisteis presa el 15 de Abril.

(La testigo no puede contestar por efecto de su turbación y el presidente lee su declaración tal como consta en el proceso. Despréndese de ella que Veyssat fué fusilado por orden de Ferré.)

P.—¿Dónde fué preso Veyssat?

R.—En Saint-Ouen: llevaba 20.000 francos. (Esta suma no ha parecido.)

El abate Peron.—Estaba en el hospicio de Bicetre cuando los dominicos fueron presos en calidad de rehenes y conducidos al fuerte de Bicetre, donde permanecieron ocho días. Hice grandes esfuerzos por conseguir su escarcelación, hasta el punto de responder de ellos con mi cabeza. Confaba en que M. Leo Meillet les haría poner en libertad.

(El testigo reitera su declaración, que termina con los asesinatos que todo el mundo conoce.)

Ferré, al acabar el testigo, dice:

—Eso no se concibe.

Rabut, comisario de policía.

P.—¿Qué fué de vos en los últimos días de Mayo?

R.—El 22 de Mayo estuve en Matanzas.—Por la mañana el guarda de mi celda me dijo que el ejército de Versalles había entrado en París y que íbamos a ser puestos en libertad. Pasó el día sin incidente digno de consignarse. Por la noche nos dijeron que íbamos a ser transportados a la Roquette. Lo comprendí todo. Partimos en un carruaje escoltados por guardias nacionales. En la Roquette se nos dió por alojamiento un largo corredor en los primeros momentos, y mas tarde se nos condujo a los calabozos. Pasé la noche en el que me tocó en suerte.

Al día siguiente pedí agua y el carcelero me contestó: «no la necesitais porque saldreis pronto de aquí.» (Movimiento prolongado.) Sin embargo, a las once y media, accediendo a mis súplicas, me dió de beber. A las doce se nos permitió bajar al patio, donde fuimos contados. Allí estaba monseñor Darbois, y los señores Bonjean, Ducoudray, Deguery, etc., etc. Eramos unos cincuenta. Interrogado por algunos de mis compañeros de cautiverio, dije que creía desesperada nuestra situación. A las dos volvíamos a nuestros calabozos: yo ocupaba el señalado con el número 25. Sus ventanillas tenían vistas al camino de la ronda. Pasamos la noche tranquilamente. Al día siguiente por la tarde, miércoles, al recogernos, oímos hablar confusamente en los corredores, a varios grupos de hombres que los llenaban y que desaparecieron por el otro extremo.

De repente oímos gritar: «Monseñor Darbois, señores Ducoudray y Bonjean, salid, salid pronto, tal como os encontréis.» Los detenidos obedecieron. Algunos momentos después se oyó una descarga hacia la parte del patio. Dije a mi compañero de calabozo: «Acaban de ejecutar a esos desgraciados. Siguió un silencio de muerte. Calculad cómo pasaríamos la noche.

A las doce me dió mi compañero, el Sr. de Becourt, que se sentía ruido en los calabozos de las víctimas: mas tarde supimos que en efecto habían sido visitados por los verdugos con objeto de recoger todo lo que en ellos hubiera.

Uno de los hombres que formaban el peloton que hi-

zo la descarga mortal dijo a un carcelero que estaba a la puerta de mi calabozo: «La Commune nos ha impuesto una triste misión. La primera parte se ha consumado ya; la segunda tendrá lugar mañana. (Nuevo movimiento en el auditorio.) Yo pregunté: «¿Quiénes faltan? Me contestaron: «El primer lugar, el Sr. de Becourt, que morirá mañana.»

Durante el día sacaron de su calabozo al Sr. Jecker, a quien no volvíamos a ver. También fué visitado y saqueado su calabozo.

Por la noche tuvimos un nuevo motivo de alarma. Los carceleros tomaron posiciones como las habían tomado momentos antes de la ejecución de monseñor Darbois y los Sres. Ducoudray y Bonjean. Sin embargo, nada ocurrió aquella noche ni al día siguiente.

El viernes se dijo que no serían llamados nuevos detenidos, porque las ejecuciones del miércoles habían sido represalias de actos idénticos llevados a cabo por las tropas de Versalles. Sin embargo, el mismo día me hizo una visita el Sr. Langevin para recomendarle que tuviera valor.

A las diez el fuego de fusilería era muy vivo; a las once disminuyó, no volviéndose a oír hasta las tres. Las bulas caían a nuestros pies.

A las tres llamaron a algunos detenidos, pero no contestó ninguno; a las cinco fueron sacados quince de sus calabozos. Por la noche supimos que habían sido fusilados en Belleville.

Al día siguiente esperábamos sufrir la misma suerte cuando en las primeras horas de la mañana supe por Langevin que íbamos a ser puestos en libertad.

En efecto, advertíase una agitación indecible. El director del establecimiento había cambiado su traje de militar por el de paisano, y todos los empleados y carceleros estaban borrachos.

Al pasar al decir a uno de los primeros que Ferré estaba allí: esta noticia nos alarmó porque le creíamos capaz de toda clase de crueldades. (Ferré se sonrió.)

Felizmente los trescientos federados habían partido; no obstante, parece que se intentó armar a los presos por delitos comunes para que nos fusilaran. La verdad es que fueron puestos en libertad y recorrieron el edificio gritando: «Viva la Commune! ¡Viva la libertad!» iban armados de martillos y de toda clase de utensilios.

Mientras se llamaba a los rehenes, nuestro carcelero, iraquéndonos las puertas, nos dijo: «Salvados.» Vaciamos un momento creyendo que se trataba de tenernos un lazo, pero al fin nos decidimos a huir. A los primeros pasos encontré a Langevin, le pregunté lo que debía hacer y me contestó: «Salvados.» No sé lo que pasó en el segundo piso.

En el patio nadie se ocupó de nosotros. Dí al señor Petit mi abrigo y parti, tomando por la calle de Boulets con dirección hacia el punto en que se oía el fuego de fusilería. Las barricadas estaban indefensas. Cerca del cuartel del Príncipe Eugenio, la punta de una bayoneta me cerró el camino. «Soy un preso de la Roquette», dije. Un federado añadió: «Dejadle pasar; le conozco.» Al llegar a Bataillon oí la voz de ¡alto! Era un capitán de línea. Dije quien era, y mandó que un cabo me acompañara a la asistencia pública, donde encontré quien respondiera por mí.

Ferré.—Declaro que soy extraño a esa declaración, como a la primera.

(La audiencia se suspende a las tres y cuarto y continúa a las tres y media.)

El comisario del gobierno.—El abate Peron ha dicho que un miembro de la Commune le anunció en el Hotel de Ville los próximos desastres de París. Suplico al abate Peron que apique este hecho.

El abate Peron.—Cuando supe por los periódicos el arresto de monseñor Darbois, concebí la idea de dar algunos pasos en su favor, y al efecto me trasladé al Hotel de Ville, sirviéndome de introductor un comandante llamado Rogard. Hice presente mi súplica, y me dijeron que me dirigiera a Raoul Rigault, en la prefectura de policía. Me trasladé a la prefectura, donde, declarándome buena presa, quise ser detenido. Creyéndome perdido, alegué que no podían prenderme porque no tenían orden para ello, y añadí que no tenía miedo, por que había afrontado la muerte delante del enemigo. Desistieron de su propósito, citándose para tres días después. El sábado volví a la prefectura, pero en vano. Rigault me preguntó si pertenecía al arzobispado. Yo le supliqué me condujeran al lado de monseñor Rigault se negó a ello.

Desesperanzado de conseguir nada, me avisté con una persona ligada por una antigua amistad a un miembro de la Commune y le propuse que me sirviera en aquella ocasión, a reserva de servirle yo en otra. Ferré, a quien encontré poco después en el Hotel de Ville, a donde había ido para ver a Barbic, se acercó a mí de una manera bastante brusca, y me preguntó por dónde había entrado. Yo, jugando el todo por el todo, le contesté que por la puerta. Repitió la pregunta. El Hotel de Ville era una especie de santuario para aquel señor. Yo le dije que me había acompañado un phanton. «¿Qué queréis?» Fue a uno de nuestros colegas. «¿Para qué?» Esa es vuestra mía.—Ferré me dejó en paz por fin. Algunos momentos después oí pronunciar estas palabras a un miembro de la Commune: «Versalles no entrará en París, y si entra, no encontrará mas que las ruinas de París, que haremos volar.» (Agitación.)

Continué mis trabajos cerca de Raoul Rigault. Hablé un amigo mío, y le dije: «Si ese hombre entra en la Roquette, no volverá a salir.»

Ferré.—Advierto que el testigo no ha hecho otra cosa que elogiarse desde que está en el uso de la palabra, sin ocuparse de declarar.

El presidente.—No es a vos a quien corresponde discutir ese punto: solo os incumba decir si aceptais o no lo que ha dicho.

Braguard, brigadier del depósito de la prefectura, refiere que en los últimos días de Mayo, en el momento de la entrada en París, Ferré, Rigault y otros tres fueron al depósito.

El presidente.—Decidnos primeramente lo que sabeis acerca de Veyssat.

El testigo.—Le llamaron, salió, después supe que había sido fusilado. En seguida se buscó al llamado Rigault, que había sido conducido a otra prisión, hecho cuya responsabilidad nos atribuyeron amenazándonos que seríamos los primeros. Entonces se oyó gritar: ¡fuego! Mi mujer me dijo: «Van a fusilarnos a todos: huyamos.» Yo le contesté: «Permanezcamos aquí.» Las mujeres que estaban en el depósito gritaban y lloraban, aumentando la confusión.

El testigo, refiriéndose a la visita que hicieron al depósito Ferré, Raoul Rigault y otros, dice: Estuvieron en el depósito a la una de la mañana, e insultaron groseramente al Sr. Bonjean, que les dijo: «Si supeis que me habla, podríais contestar; pero no lo sé.» También vieron a monseñor, a cuyo calabozo les conduje. Ignoro lo que pasó entre ellos.

P.—¿Habeis reconocido a uno de los hombres que formaban el peloton de guardias nacionales?

R.—Sí; mi mujer le reconoció mejor que yo.

Ferré.—¿Fui yo quien amenazó a los guardias nacionales con fusilarlos si no encontraban a un detenido a quien buscasen?

R.—No, fué el Sr. Wurtz, juez de instrucción.

La mujer dragon.

P.—¿Qué tenéis que decir?

R.—Estaba asomada a la ventana. Un guardia llevó el dinero y le distribuyó. En seguida se presentó Ferré y dijo: «Qué se retiren los que no tengan valor; vamos a entrar en el depósito a pedir el registro y todos los agen-

tes, gendarmes y bonapartistas serán inmediatamente fusilados.

P.—¿Fué Ferré quien entregó el dinero?

R.—No; fué un hombre de pequeña estatura. Algunos momentos después se rompió el fuego. Estaba tan exaltada que le hubiera estrangulado.

P.—¿Conociáis a Ferré?

R.—Perfectamente: le había visto a menudo.

Prostaut, empleado en la prefectura.—El día 24 de Mayo de 1871 estuve en la Roquette de servicio; a las seis y media me dió un brigadier que llamara a los rehenes y a los gendarmes que habían de ser fusilados en el patio. Obedecí. Poco después de una descarga: eran las ocho menos cinco minutos.

Entre los hombres que formaban el peloton que había en el patio reconoció al capitán Bery. Tres días después, por consecuencia de aquellos sucesos, fui preso. No sé si por orden del acusado Ferré.

El 27 de Mayo vi a Ferré en la Roquette. Preguntaron por el director y el escribano; ambos estaban ausentes. Se trataba de sacar los rehenes. Vi en el patio a los sentenciados, en libertad y con armas.—Aguien dijo: «Vais a ver la libertad.» Se abrieron las puertas de la Roquette. Aquel día no se ejecutó a nadie en los patios. Yo dije a los curas que estaban en sus calabozos: «Salvase el que pueda.»

Henriot, carcelero de la Roquette.—Estuve de servicio el 24 de Mayo. Los detenidos me preguntaron, entre seis y media y siete de la tarde, si ocurría algo. Yo les contesté que las tropas de Versalles avanzaban y que al día siguiente entrarían en París. Pocos momentos después vi entrar el peloton en el patio, cuarenta o cincuenta hombres, cada uno con uniforme de distinta clase. Un subteniente me dijo: «Pronto vais a ver los libros de esa canalla.» Yo le contesté: «A nosotros nadie nos estorba.» A lo cual replicó él: «Vamos a hacer bailar al arzobispo y sus compañeros.»

El comisario del gobierno.—¿Fué el peloton en cumplimiento de órdenes de Ferré?

El testigo.—No puedo decirlo.

Andrés Muller, carcelero de la Roquette.—Vi el peloton de guardias nacionales en el patio, donde estaba un delegado de la Commune, a quien no conocí. Me dijeron que era Ferré.

El testigo reconoce al acusado y continúa.

Me mandaron que abriera la verja que da al camino de la ronda, para que por ella entraran los rehenes. A las tres de la mañana se levantaron algunos cadáveres.

A instancia del acusado, el testigo dice que Ferré no estuvo el sábado en la Roquette.

Juan Fosé, carcelero de la Roquette.—A las seis y media de la tarde del día 24 de Mayo me mandaron que sacara de sus calabozos a los rehenes.

A eso de las ocho de la noche oí la detonación. He oído decir que Ferré iba con el peloton; pero no lo he visto. El viernes me hicieron buscar a unos gendarmes en sus calabozos. Un comandante del consejo de guerra me amenazó con saltarme la tapa de los sesos si no los hacía bajar antes de cinco minutos. Bajaron en número de treinta y seis. Cuarenta o cincuenta hombres vestidos con toda clase de uniformes los aguardaban. Mandaron formar en fila y pasaron lista. El sábado no he visto nada.

Barby.

P.—¿Qué sabeis respecto a Ferré?

R.—Yo apenas le conocía. Debo decir que cuando me prendieron trataba de buscar un medio para hacer entrar a las tropas en Versalles. (Leves rumores y risas en el auditorio.) Yo era comandante de la guardia nacional. (Ferré saca su cartera y toma notas.)

Amable Tringuet, farmacéutico internado en la Roquette.

P.—¿Estabais en la Roquette el día del asesinato?

R.—Sí.

P.—¿No habeis oído decir que cada uno de los asesinados había recibido 50 francos?

R.—Sí, se los dieron la noche misma de la ejecución.

P.—¿No tenian jefes en el momento del crimen?

R.—No; decían: «Manda tú, ó yo mandaré.»

P.—¿Había algun individuo de la Commune?

R.—Sí, uno al menos y un delegado.

P.—¿Los habeis reconocido?

R.—No; yo estaba en el piso tercero de la prisión.

P.—¿Habeis visto lo que sucedía en el camino de la ronda?

R.—Oí hacer fuego a voluntad.

P.—¿Habeis visto al arzobispo aquel día?

R.—Sí; estaba un poco enfermo, y yo sustituí al médico. Me dijo que sufría de una enfermedad en los intestinos.

P.—¿Habeis visto salir a los rehenes que fueron conducidos al 20.º distrito? ¿cuántos eran?

R.—Diez o doce, conducidos por guardias de todos los cuerpos.

P.—¿Decís que entre ellos reconocisteis a los asesinados de monseñor?

R.—Los reconocí por el traje.

P.—¿Habeis visto el día 27 a Ferré en la escribanía?

R.—El sub-brigadier Picon me dijo que había estado.

Ferré.—A ese respecto puedo satisfacer completamente, puesto que he declarado que fui el día 27 a la Roquette.

(Se continuará.)

BOLSA DE MADRID DEL DIA 12.

FONDOS PÚBLICOS.

	del 11.	del
--	---------	-----